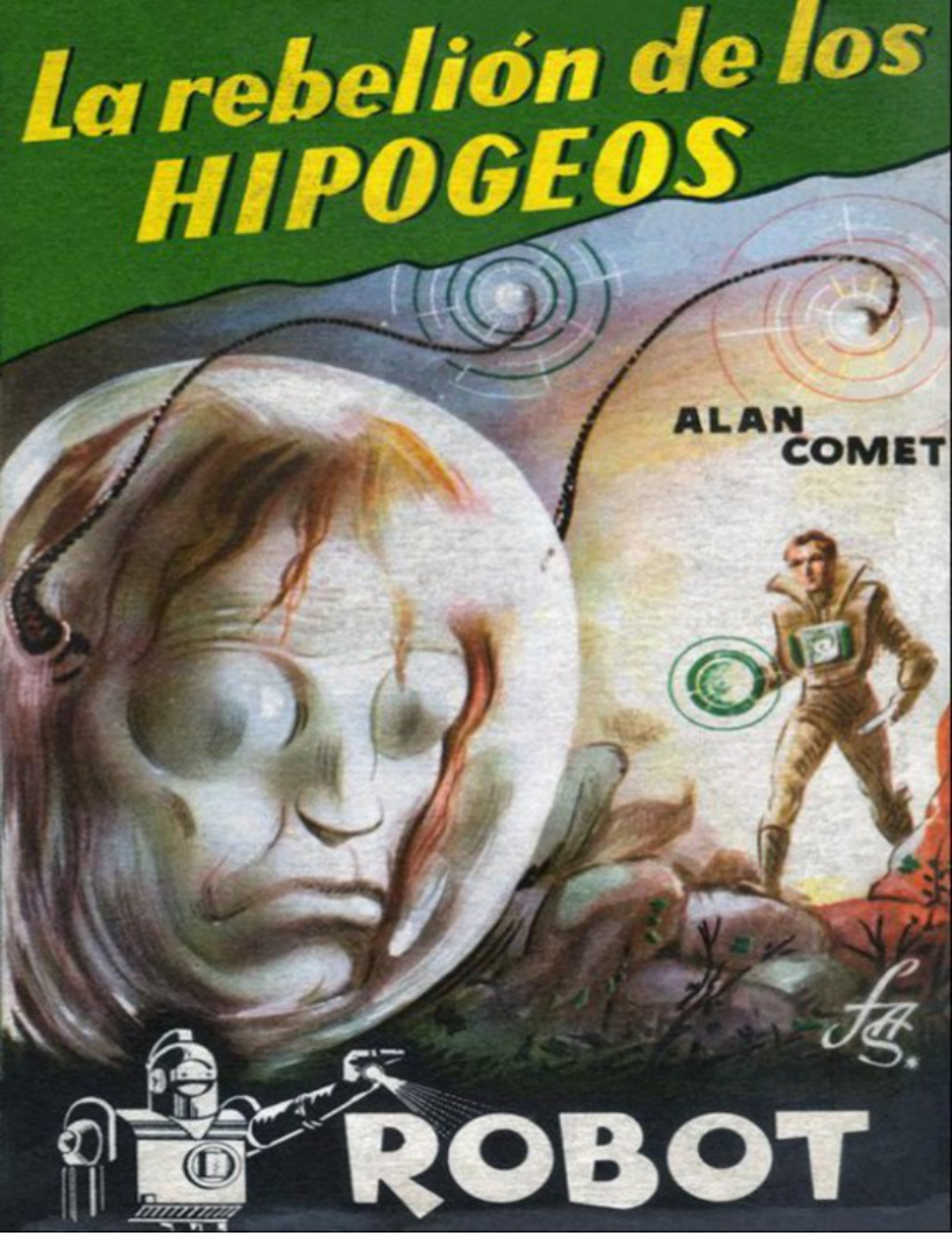
La rebelión de los HIPOGEOS



LA REBELION DE LOS HIPOGEOS

ALAN COMET

EDITORIAL MANDO
MADRID

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
GRAFICAS RUMOR — Benito de Castro, 12 - MADRID

AL LECTOR

ROBOT *quiere ser, desde su nacimiento, un fuerte aldabonazo en la literatura denominada «de anticipación científica». Este nuevo esfuerzo de* EDITORIAL MANDO *ha sido el fruto de largos estudios dedicados a proporcionar a los países de lengua española una colección de novelas que respondan plenamente, tanto en su presencia como en su contenido, a un concepto que ilustre, más que entretenga, sobre los temas del mundo futuro.*

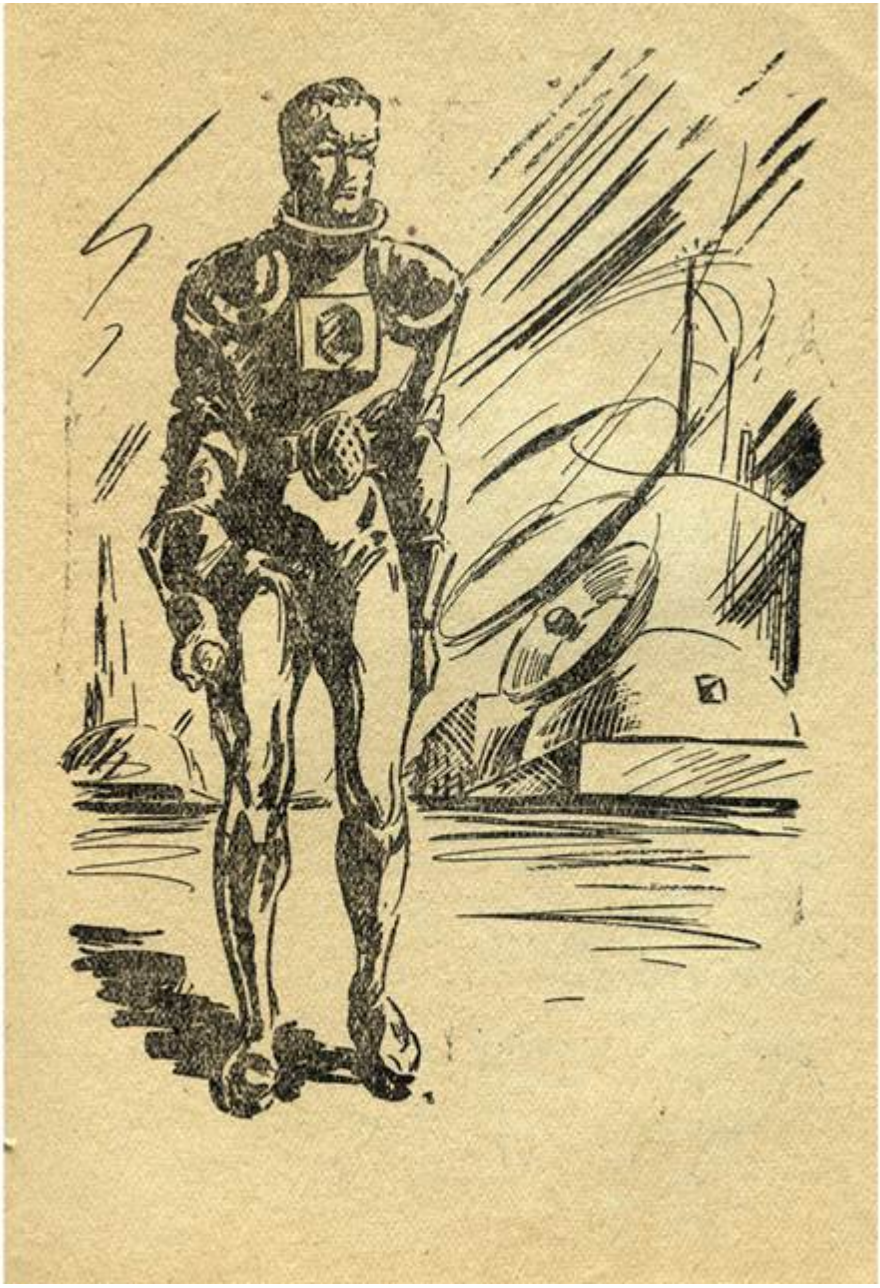
Los dibujos que ilustrarán ROBOT *han sido ejecutados por especialistas orientados por el propio autor, de manera a dar a las imágenes una apariencia idéntica a las concepciones de la fantasía del escritor.*

La Colección ROBOT *constituirá un grupo de libros que usted colocará en el sitio preferente de su biblioteca. En ella hallará todo lo que el hombre ha podido soñar, a lo largo de los siglos, cuando, pensaba en el futuro. Pero que nadie busque en las sociedades del mañana la realización de las ideas que han brotado del lado malo del hombre. El dolor, el peligro, el amor y el odio reinarán sobre la tierra, por mandato Divino, «In saecula saeculorum».*

Todos los datos que forman nuestros prólogos informativos han sido obtenidos tras estudios de las técnicas actuales. Cada máquina, cada aparato, cada detalle, se ha logrado después de realizar a lo que puede llegar el desarrollo del saber humano en la segunda mitad del siglo XX y sus futuras posibilidades, dentro de la más estricta lógica.

EDITORIAL MANDO *espera que sus lectores gocen con la posesión de los títulos que formarán la Colección ROBOT. En ella pondrá la Editorial todos cuantos esfuerzos y sacrificios sean necesarios hasta lograr la plena satisfacción del lector.*

LOS EDITORES.



EL AÑO 3000

NOTAS DEL AUTOR

EDIFICACION

LAS construcciones se realizan con una sustancia plástica especial que posee la facultad de ser sensible al color del cielo, ya que se ha demostrado que la temperatura corresponde a dicha coloración. Por ello, la sustancia plástica, como una verdadera piel de camaleón, cambia de color y de temperatura en relación con el medio ambiente, produciendo, naturalmente, un número de grados mayor que no perjudican al organismo humano. De esta manera, el hombre del 3000 ha aprendido a evitar los cambios bruscos de temperatura y, con ello, las enfermedades que tales mutaciones de calor producen.

La sustancia plástica con la que se construyen los edificios en el año 3000 se denomina «policromotermol».

MOBILIARIO

Los muebles, salvadas las incómodas formas de los siglos anteriores, en que el organismo debía adaptarse al mueble, creando una posición antifisiológica y antinatural, ha sido salvada en el 3000, creando unos muebles que se adapten perfectamente a la forma y postura de cada cuerpo. La sustancia de que estás construidos es, por lo tanto, perfectamente maleable, y recibe el nombre de «panteidos».

ILUMINACION

El hombre del 3000 ha resuelto definitivamente el problema de la iluminación. Incrustando en los muros de las paredes de los edificios minúsculas porciones de hidrógeno radioactivo consigue, desde la desaparición del sol, una iluminación, que ha recibido el nombre de «universal» por poseer las mismas características que la luz solar.

TRANSPORTE

La aviación, en el sentido que nosotros hombres del siglo XX damos a esa palabra, ha desaparecido por completo. En él siglo XXXI, el único medio de transporte, completamente garantizado, se hace por medio de las llamadas «núcleo-esferas», que se mueven en forma de torbellino, progresando en el espacio como lo hacen los cuerpos celestes. En su interior, completamente hueco, flota un rectángulo inmóvil, que es la cabina destinada a los tripulantes y viajeros. Las velocidades obtenidas por las «núcleo-esferas» alcanzan, después de haber atravesado la barrera del calor, aproximadamente, un tercio de la velocidad límite de la luz; es decir, cien mil kilómetros por segundo. No obstante, dentro del planeta, estos vehículos aéreos se mueven, por circunstancias que se entienden fácilmente, a menor velocidad.

ALIMENTACION

Los hombres del siglo XXXI se han percatado de la dificultad de tomar los alimentos directamente de los animales y plantas comestibles. Su alimentación consta de una numerosa gama de tabletas, fabricadas con una especie de goma de mascar (para evitar, naturalmente, la atrofia de los dientes y de los músculos masticadores), que contiene unos superextractos de todo aquello que sirve para mantener la vida humana, y que se encierra bajo el nombre de sustancias «bio-stimulantes».

VESTIDOS

La atmósfera de nuestro planeta, debido al empleo masivo de

sustancias nucleares, se ha cargado excesivamente de partículas radioactivas nocivas para el organismo humano. En el año 3000, los contadores de radioactividad denotaban la presencia de un 0,03 por 100 de partículas dañinas. Fué preciso, por todo ello, encontrar un material que sirviese para confeccionar los vestidos de los habitantes de la Tierra. Después de costosas investigaciones, se halló el llamado «aislat», tejido de una constitución tal que era completamente impermeable a cualquier radiación. A estos vestidos se agregó una especie de gola o collar de una nueva sustancia, «stereoprotect», que emitía una especie de radiación protectora para el rostro y cabeza, que, por lo tanto, podían ir descubiertos.

COMUNICACION

El «televisor individual» resolvió todos los problemas de comunicación, ya que poseía el poder de emitir y recibir, hasta una distancia de 1.000 kilómetros, imágenes y palabras. El «televisor individual» se llevaba colgado al cuello, cayendo sobre el pecho, como una máquina fotográfica. Su tamaño y color variaba según los gustos particulares de su poseedor.

El «televisor individual» resolvió todos los problemas de comunicación, ya que poseía el poder de emitir y recibir, hasta una distancia de 1.000 kilómetros, imágenes y palabras.

NOMBRES

Después de la terrible invasión de las sustancias eléctricas, dotadas de inteligencia y vida[1], que aconteció en las postrimerías del siglo XXX y que costó la vida a cerca de 300 millones de hombres, la Humanidad quedó mermada de tal manera que hubo de ser variada la nomenclatura de los escasos grupos humanos que quedaron. A partir del 2990, los hombres, después de su particular nombre, recibieron el apellido del país que procedían, con una denominación especial, sacada del alfabeto griego, que explicaba a la clase intelectual a que pertenecía.

«MEHR LICHT![2]»
(«MAS LUZ»)

Eso es lo que pide el Autor, antes de adentrarse en la nebulosidad densa de la vida futura. ¡Más luz!; claridad para poder ordenar el caos en el que se mueve la imaginación cuando se ha decidido dar, por encima del Espacio y del Tiempo, un formidable salto de más de mil años.

Al mirar hacia atrás, hacia la profunda noche de la Historia, hay al menos luz que el hombre ha hecho para poder ver en lo que fué. ¡Más luz!, eso es lo que pido ahora para poder soñar en lo que vendrá.

Alan Comet.

LA CALCINADA ANATOLIA

LAS brillantes superficies de las «núcleo-esferas» recibían y reflejaban la ardiente y luminosa caricia del sol. Fuera de aquella nota lumínica, todo en derredor de los aparatos, ofrecía un completo aspecto de desolación.

La tierra parecía haber sido removida por las gigantescas garras de cualquier monstruo antidiluviano y cualquier geólogo curioso se hubiera sorprendido, al ver sobre las laderas el trastocado caos de las capas que no guardaban orden alguno.

Un grupo de seres humanos se afanaba en montar sobre aquel calcinado suelo una serie de extraños aparatos que semejaban grandes espejos cóncavos que estaban unidos, por medio de gruesos cables, a las esferas que brillaban bajo la luz del sol.

Uno de aquellos hombres parecía poseer una absoluta autoridad sobre el resto y era él, en aquellos momentos, el que dirigía los movimientos de casi todos los demás. Algunos otros, de sexo femenino, estaban cómodamente sentados junto a las gigantescas esferas.

—¡Es horrible cómo ha quedado esto! —dijo el que parecía el jefe—. No lo había visto nunca como ahora, pero, desde luego, las fotos televisadas que vi en Boston no daban, ni mucho menos, una idea aproximada de este horror.

Richard, el que acababa de hablar, no debía haber llegado a la treintena. Su rostro poseía aún unos restos de marcada adolescencia y había en sus ojos un brillo juvenil que manifestaba un vivo entusiasmo por todas las cosas. Pertenecía a la población de los Estados Americanos, donde estaba calificado como un «BETHA»; un individuo dedicado a la técnica, cuyas aptitudes hacían vislumbrar la posibilidad de que pasase, un día muy lejano, a la categoría de los «ALPHA», clase intelectual superior.

El hombre al que Richard se dirigía, de una anchura de cuerpo que hacía parecer más bajo de lo que en realidad era, se volvió hacia su interlocutor.

—Tienes que tener en cuenta que éste fué el último teatro de guerra en el año 2.500. Recuerda que los combates que aquí se celebraron fueron gigantescos y que las explosiones nucleares convirtieron la península de Anatolia y las márgenes del Mar Negro en esto que nuestros pies están pisando ahora, una tierra que quizás provenga de la

que entonces estaba a dos kilómetros de profundidad.

—¡Ha sido una buena idea la de la compañía de enviarnos aquí para hacer esa película! —pareció protestar Richard—. No creo que, como paisaje, interese mucho al público.

—No lo creas. Cuando dentro de unas horas, las pantallas de televisión empiecen a reflejar las escenas, con este fondo, la gente se estremecerá al ver en lo que quedó convertida Turquía. Además, el tema es muy interesante y como ya sabes se basa en la idea de que unos raros seres, que quedaron enterrados aquí salen ahora para luchar contra la civilización.

Richard soltó una risa breve.

—Ya sabes que no me gusta hacer películas terroríficas…

—Sin embargo—repuso Timothy—, creo que las gentes de todos los tiempos han disfrutado con los temas de terror.

Richard señaló una de las esferas.

—Cuando veas los ridículos trajes que han ideado para representar a esos monstruos, que creo los llamaremos «Hipogeos», no vas a dejar de reírte en un buen rato—gesticuló para dar más fuerza a lo que iba a decir—. Imagínate una especie de hombres de gran altura, que han perdido los ojos, por permanecer debajo de la tierra durante quinientos años y que «ven» por medio de unas antenas muy parecidas a las de las mariposas. Estoy seguro que todos los chicos americanos van a reír de lo lindo.

—¡No te preocupes! —repuso Timothy—. Mientras todas estas bobadas nos proporcionen un sueldo estupendo y a ti—sonrió— la ocasión de estar cerca de la «estrella», no puedes quejarte.

Richard amenazó jovialmente a su compañero.

—Espero que no creerás los absurdos rumores que corren por ahí. Te doy mi palabra de honor que miss Martha no me interesa lo más mínimo.

Timothy propinó un descomunal codazo a su compañero. Aquel aviso llegó, desgraciadamente, demasiado tarde.

—¿Decía usted algo?

Martha estaba junto a los dos hombres y su gesto, con un mohín de disgusto, decía claramente que había oído las palabras de Richard.

Este sonrojándose, no sabía qué decir para romper aquella embarazosa situación.

—Yo… Verá usted… Es que…

La muchacha hizo un gesto cuya significación era muy clara: invitaba a Richard para que terminase aquel estúpido fluir de palabras incomprensibles.

—Está bien dijo—. No hablemos más de eso —sus ojos brillaban con una cólera mal contenida—. Lo que deseo, míster Richard, es que acelere todo esto, de modo a terminar cuanto antes. Recuerde que mi

contrato cuenta exactamente las horas que he de permanecer en este horrible país y que, ocurra lo que ocurra, me marcharé en el momento que expire mi tiempo, aunque la película no se haya terminado.

Martha era una mujer esbelta, de cierta estatura y con los cabellos tan cortos como exigía la reciente moda. Iba vestida con una blusa amplia, cuyo escote estaba delimitado por un anillo rojizo en cuyo interior llevaba el «stereoprotec». Unos pantalones ceñidos, de un intenso color verde, completaban su indumentaria. Calzaba unas gruesas botas, de doble suela aislante, que la protegían perfectamente contra la radioactividad del suelo.

Richard, conmovido hasta lo más íntimo de su ser, por la presencia de la mujer que, por encima de todas sus excusas, amaba profundamente, se deshizo en amabilidades.

—¡Pierda usted cuidado, miss Martha! —su voz tenía un claro tono suplicante—. Iremos tan deprisa, que será muy posible que acabemos la película mucho antes de lo previsto. Ya sabe que haré todo por poder complacerle.

La artista le miraba con visible desprecio. Para ella, una «OMEGA» de clase «ALPHA», Richard, visiblemente inferior, no constituía un interesante partido. Sin responder una sola palabra a las amabilidades del muchacho, la mujer volvió la espalda y se alejó lentamente.

—¡Vaya orgullo! —exclamó Timothy cuando comprobó que Martha se había alejado lo suficiente como para no oír sus palabras—. Dirán lo que quieran, pero esta clasificación que han inventado no me gusta absolutamente nada—empezó a gesticular cómicamente para acompañar las palabras que iba diciendo—. ¡«ALPHAS» por aquí, «OMEGAS3» por allá!.. ¡Qué estupidez! No sé si habrás leído algún libro de Aristóteles, pero te diré que en aquellos benditos tiempos la mujer estaba considerada como un ser inferior. ¡En cuando a ahora! Cualquier pelirroja que trabaje en el «Cine-televisión» se cree uno de los siete sabios de Grecia—dió un nuevo codazo a su compañero—. ¿Te has fijado qué clase de mirada te dirigía?

Richard no le escuchaba y sus ojos seguían la grácil silueta de la muchacha que se alejaba.

—¡Es maravillosa! —exclamó.

—¡Estate ahí contemplándola y ya verás si no cumples tu palabra respecto a su contrato! Esa maravilla, como tú la llamas, será capaz de buscarte un serio disgusto con la Compañía.

—Tienes razón—repuso Richard convencido de que las palabras de su amigo encerraban una gran realidad—. Vamos a terminar de instalar las pantallas y empezaremos enseguida.

Media hora más tarde, las colosales pantallas cóncavas, montadas sobre vehículos capaces de moverlas en todos los sentidos, circundaban el espacio en el que iba a desarrollarse la acción. Enormes reflectores, en

cuyo interior se descomponían los átomos de Hidrógeno, lanzaban una luminosidad maravillosa sobre lo que iba a convertirse en el escenario.

Cuando todo estuvo dispuesto, Richard hizo llamar a los artistas que se situaron en sus respectivos puestos.

Martha, que poseía el papel más importante, representaba una joven que se había visto obligada a aterrizar en aquella región por habérsele terminado el combustible nuclear de su aparato. Apoyada sobre una roca, miraba sobresaltada a su alrededor en busca de un posible auxilio.

En aquellos instantes, las cámaras, conectadas al emisor de una de las grandes esferas, enviaba a la lejana América la escena que se estaba representando a miles de kilómetros de distancia. Desde hacía mucho tiempo, el «cine», que había logrado la perfección en colorido y relieve, se proyectaba al mismo tiempo que se hacía, a pesar de que cámaras especiales, ya en terreno americano, reservasen copias destinadas a emisiones para otros países. La belleza que se había logrado y que, en las grandes pantallas televisoras que habían sustituido a las pequeñas de otros tiempos, convertían el hogar de cualquier ciudadano en un hermoso local de proyección que había llegado a provocar la desaparición absoluta de los espectáculos colectivos.

Martha desarrollaba su papel a las mil maravillas. En su rostro, cuando las cámaras se lanzaban hacia ella, para lograr los impresionantes «trawelling», se pintaba claramente la sensación de soledad angustiosa que debía sentir el personaje por ella encarnado.

Richard, desde la cámara de dirección, no separaba los ojos del rostro de la protagonista, sintiendo que su corazón latía mucho más intensamente que de costumbre.

Se había colocado una gran pantalla rectangular que, a más de veinte metros de altura, era visible desde todos los puntos. Allí, a medida que Richard iba dictando sus instrucciones para los artistas, aparecían escritas las palabras que él pronunciaba. De esta manera, se evitaba dañar la pureza del «sonoro».

—¡Pase usted a la segunda escena, miss Martha!

La muchacha no hizo más que echar una rápida ojeada a la «pantalla directora». Comprendiendo inmediatamente lo que tenía que hacer, empezó a escalar las rocas alejándose de allí como si huyese de algún terrorífico peligro.

Los vehículos que conducían las cámaras siguieron rápidamente a la protagonista. Un sistema especial de ruedas sincronizadas a un aparato estabilizador permitía el movimiento de los «tomavistas», a través de cualquier clase de terreno, sin que las cámaras se moviesen lo más mínimo de la dirección en que estaban enfocados sus potentes objetivos.

Martha seguía huyendo de un imaginario peligro, volviéndose, de vez en cuando, al tiempo que su rostro adquiría una expresión de horror maravillosamente lograda. Los millones de espectadores que debían

estar, en aquellos momentos, contemplando la emocionante escena, sentirían sin duda un terror indescriptible como si adivinasen ya el fantástico personaje que simulaba seguir a la joven.

Varios «extras», disfrazados de «Hipogeos», se disponían a entrar en escena y lanzaban constantes miradas a la pantalla directora esperando que las palabras de Richard les ordenasen intervenir.

Pero, de repente, de una manera inesperada cuando todo seguía normalmente, Richard, desde lo alto de su torre de mando, estuvo a punto de lanzar un grito de cólera al ver que uno de aquellos «Hipogeos» se apoderaba de la protagonista arrastrándola hasta desaparecer con ella entre las rocas.

—¡Corten! —apareció escrito en la pantalla directora.

Todos los mecanismos se detuvieron a un tiempo y Richard, furioso hasta lo indecible, descendió prestamente por la escalera metálica, corriendo como un loco hacia el lugar por el que había desaparecido Martha y el comparsa.

—¡Imbécil! —iba gritando—. ¿Quién le habrá dado permiso para intervenir antes de ordenárselo? ¡Puede considerarse despedido desde este mismo instante!

El joven había escalado las rocas y se detuvo ante el lugar por el que le parecía había desaparecido Martha y el otro. Ante él se habría una pequeña abertura entre dos enormes rocas, cuyo fondo estaba completamente oscuro.

Después de dirigir una mirada en su derredor para ver si había otro lugar en el que ocultarse, Richard tornóse hacia la entrada de aquella cueva.

—¡Salga de ahí, estúpido! —gritó roncamente—. Si no lo hace, entraré yo a por usted.

Todo el equipo de artistas, técnicos, obreros y comparsas, rodeaban ahora al escandalizado director. Fué uno de los que estaban disfrazados de «Hipogeos» el que se atrevió a llamar su atención.

—Míster Richard… ¡Míster Richard!

El joven se volvió indignado. Al ver al grotesco personaje que llamaba su atención.

—¿Qué desea?.. ¡Dígame ahora mismo quién ha sido de entre sus compañeros el estúpido que…!

Había algo en el rostro de aquel pobre hombre que hizo que Richard se detuviese.

—¡Escúcheme, míster Richard! —suplicó el hombrecillo—. ¡Todos los «Hipogeos» estamos aquí! —hizo un gesto para señalar a sus compañeros que estaban tras él—. ¡Ninguno de nosotros ha hecho esa broma!

El entrecejo del director se frunció profundamente. No llegaba a comprender el nuevo e inesperado giro que tomaba aquel asunto. Fué, sin saber exactamente lo que decía, que inquirió:

—¿Pero qué ha ocurrido, Dios mío?

Se miraban los unos a los otros, sin saber qué decirse, dirigiendo, de vez en cuando, temerosas miradas a la entrada oscura de la cueva.

Richard, por su parte, estaba completamente decidido a penetrar en el interior de la caverna para buscar a Martha. Su cólera, contra los presuntos raptores de la artista, iba en aumento…

—¿Quién tiene un arma? —preguntó mirando a los que le rodeaban.

Alguien le extendió un rifle a reacción[4]. Empuñándolo, adelantó unos pasos mientras todos sus músculos se contraían.

—¡ATENCIÓN!

El grito partió de muchas gargantas a la vez.

Richard se paró en seco. Sin motivo aparente; sin descubrir aún los que había horrorizado a los demás, pareció presentir la presencia de algo extraño y un sudor frío perló su frente.

Entonces…

Al principio se restregó los ojos como si quisiese hacer desaparecer la imagen de lo que estaba contemplando. Luego, un tanto más tranquilo, clavó su mirada en aquellos objetos.

Eran como esferas traslúcidas; algo que, de momento, Richard no pudo interpretar bien, ni encontrar un símil. Pero, casi enseguida, encontró la imagen que aquello le recordaba.

¡Pompas de jabón!

¡Eso era! Matizadas de colores variados, quizás un poco demasiado grandes para ser pompas y además con una forma no totalmente esférica, sino alargada y ligeramente ovoide.

Aquellos objetos brotaban de las profundidades de la cueva en cuya entrada se encontraba el joven. Fué entonces cuando movido por una premonición que se convirtió en un exigente aviso, Richard retrocedió vivamente, alejándose a gran velocidad de aquellos parajes. Parecía como si hubiese adivinado lo que iba a acontecer.

¡¡PLAFF!!..

Un estampido no muy fuerte, como el de una botella de «champán», al tiempo que del interior de las pompas brotaba un tenue humo azulado, aparentemente inofensivo.

Pero cuando aquel vapor cayó sobre los hombres que estaban bajo él, unos alaridos infrahumanos llenaron de terror el ambiente. Parecía como si al contacto con aquel humo, los cuerpos se convirtiesen en unas negruzcas y retorcidas masas de diminuto tamaño. Era como si aquellos desdichados hubiesen entrado en contacto con un cable que condujese un millón de voltios.

Se contorsionaban al principio como si un reptil les enroscase entre sus poderosos anillos. Luego, y aquella escena no podía olvidarse fácilmente, se iban reduciendo de tamaño al tiempo que se ennegrecían completamente.

Richard se percató de que todo aquello formaba parte de un colosal ataque de los raptores de Martha. El peligro era lo bastante inesperado para no poder ser resuelto con las armas que poseían. Era necesario alejarse de allí para volver después.

Apretó el paso mientras las explosiones de las extrañas pompas continuaban sembrando la muerte por doquier. Cuando, Richard, que se dirigía a una de las «núcleo-esferas», volvió la cabeza, un estremecimiento de pánico le recorrió el cuerpo.

Sobre la tierra grisácea, la totalidad de sus hombres no eran más que pequeños cuerpos carbonizados, una horripilante imagen de pigmeos muertos, cuyos rostros habían conservado el horror en los que les sorprendió la muerte…

Cuando cerraba la puerta metálica de la «núcleo-esfera», Richard oyó perfectamente cómo una de las pompas estallaba en la proximidad. El aparato se estremeció como si acabase de ser sacudido por un golpe formidable. El joven sintió que, a pesar de la estabilidad de la cabina, todo se movía en un balancear que le obligó a asirse a una de las barras que atravesaban la cabina.

Cogido por un pánico que no podía dominar, se abalanzó al tablero de mando, pulsando el botón de ascensión vertical. Con un horrendo rugido, la «núcleo-esfera» inició su marcha ascendente a una velocidad vertiginosa.

Durante un tiempo que no pudo fijar, Richard permaneció en una extraña inconsciencia, sin darse cuenta exacta de la realidad de lo que acababa de acontecer. Luego, poco a poco, fué recuperando el dominio de sí mismo, hasta que su brazo se alargó frenando la loca velocidad que llevaba su aparato.

Tiró de una palanca y la parte inferior de la esfera se abrió, de una manera semejante a como lo hacen las cúpulas de los observatorios astronómicos, haciendo visible el espacio que iba quedando atrás.

Richard vió con espanto que estaba atravesando las últimas capas de la atmósfera terrestre. Echando una ojeada al altímetro, se percató de que se— encontraba exactamente en la capa «F» a más de doscientos kilómetros del planeta.

Frenó inmediatamente, decidiéndose a realizar un descenso sin abandonar la perpendicular que había seguido para la ascensión. Íntimamente, deseaba volver a echar una ojeada al lugar del que tan milagrosamente había escapado.

Regulando la marcha de la «núcleo-esfera», descendió con la suficiente lentitud para poder frenar en el momento que existiese el menor peligro. A 3.000 metros de la tierra detuvo el aparato y acercándose de la pantalla de televisión, hizo que el «visor» enfocase el terreno donde le habían ocurrido las recientes aventuras. Amplificando la imagen, por medio del objetivo telescópico del aparato, observó con

una maravillosa precisión, el terreno donde habían explotado las extrañas burbujas.

Fué entonces cuando sus cabellos se erizaron. Después de recorrer con los ojos la imagen de las máquinas destrozadas y de las esferas que estaban convertidas en un montón de metales retorcidos y quemados, su terror creció al máximo, al ver algo tan inesperado que se frotó los ojos como si desease convencerse de que estaba despierto.

¡Allí, en el mismo sitio en el que se iba a transmitir una película sobre unos seres fantásticos, salidos de la turbulenta imaginación de un guionista y que habían recibido el nombre de «Hipogeos», estaban, idénticos a los comparsas, vestidos de una manera igual a los hombres que iban a interpretar tan fantástico papel…

¡ALLÍ ESTABAN, POR CENTENARES, LOS «HIPOGEOS» REALES; LOS EXRAÑOS SERES QUE HABÍAN RAPTADO A MARTHA Y MATADO, DE UNA MANERA TERRIBLEMENTE CRUEL, A LOS HOMBRES DE LA EXPEDICIÓN CINEMATOGRÁFICA!

LOS "ALPHAS" DUDAN

LOS pensamientos que se agolparon en el cerebro de Richard, mientras atravesaba velozmente el Atlántico, formaban un espantoso caos de preguntas que quedaban, en su totalidad, sin ninguna contestación. Encontrar respuesta a las cuestiones que se planteaba, constituía una tortura que le hacía sufrir terriblemente.

Pronto, muy pronto, cuando se presentase a las autoridades de América, sería preguntado, con la exigencia de lograr respuestas claras y concretas, para poder obrar en consecuencia.

Richard apretó los puños con fuerza. Se veía ya ante el grupo de eminentes «ALPHAS», torturado por las insidiosas preguntas que le harían con el único objeto de ganarse la simpatía de la autoridad occidental como inútiles siervos que eran.

¡Nadie creería una sola palabra de lo que iba a contar! Para los hombres de su siglo, los peligros no podían provenir de otro punto que no fuese el firmamento. Fuera de la Tierra, los mundos habitados, que se conocían aún muy poco, podían volverse agresivos y hacia allá estaba tendida la constante vigilancia de los terrenos.

Desde la invasión de los «Electrófagos», el hombre desconfiaba cada vez más de aquel maravilloso manto, tachonado de estrellas, que se había convertido en una puerta abierta al peligro de las más horrendas invasiones.

Hablar de los «Hipogeos» iba a constituir una audacia que haría reír a aquel grupo de «ALPHAS», cuya preocupación estaba por encima de la tierra y no debajo de ella.

La esfera se posó blandamente en los acolchados terrenos de Boston, capital del Occidente, siendo casi inmediatamente rodeada por los vehículos de los empleados del aeropuerto, extrañados de aquella llegada que no había sido prevista.

Sin dar ninguna clase de explicaciones, Richard se hizo conducir, en un rápido «auto-reactor», a la residencia de la autoridad de Occidente.

Desde la cámara personal para los visitantes, ante una pantalla de televisión unilateral, de forma a ser visto sin poder observar nada a su vez, Richard informó a sus invisibles oyentes a todo lo que había ocurrido en la península de Anatolia. Con vehemencia, explicó, procurando dar la mayor cantidad de detalles posibles, el comienzo de la película, la desaparición de la protagonista y el ataque de las

singulares pompas multicolores, cuyos espantosos efectos repitió sintiendo que un nuevo escalofrío le recorría la espalda.

En silencio, esperó después a que le llamasen. Sus ojos cansados miraban la pulida superficie de la pantalla que había transmitido sus gestos y sus palabras mientras relataba los acontecimientos que, por extraña paradoja, le empezaban a aparecer, a él mismo, como una pesadilla atroz que no tuviese proyección alguna en la realidad.

Llevaba una veintena de minutos esperando, cuando otra pequeña pantalla, que tenía a su izquierda, se iluminó dejando ver la imagen de un rostro completamente desconocido para el joven.

—Haga el favor de utilizar la escalera mecánica número 3 y apearse en la puerta 226-A.

Richard asintió con la cabeza e incorporándose salió al pasillo, dirigiéndose hacia el lugar en que las escaleras empezaban. Al recibir el peso de su cuerpo, el mecanismo se puso en marcha, trasladando al muchacho a través de un largo pasillo cuyas puertas estaban numeradas. Al llegar al 226-A descendió de la escalera que, después de efectuar una pequeña ascensión, se había convertido en un «tapis-roulant». La puerta se abrió ante él cuando su cuerpo cortó el rayo de la célula fotoeléctrica.

El hombre que estaba sentado tras un monumental despacho, poseía una cabeza gigantesca, con una frente abombada que parecía prolongarse sobre el cráneo completamente calvo.

—Tome asiento—dijo aquel hombre, indicando con la mano uno de los sillones.

El mueble, completamente construido en «panteidos», pareció dibujar exactamente la silueta del joven. La sustancia de que estaba formado se adaptaba maravillosamente a la postura de la persona que lo ocupase.

—He oído con mucho interés—prosiguió el hombre con una voz que, aunque enérgica, tenía un raro timbre femenino—su comunicación. Comprenderá que todas las cosas de las cuales ha hablado han dejado un sabor extraño en los que hemos tenido la oportunidad de escuchar—hizo una pausa—. Quiero también que comprenda la necesidad de que le sean practicadas algunas observaciones mentales, de forma a excluir una alteración cerebral, que hubiese producido alguna clase de alucinaciones.

Richard apretó los puños, resistiendo la intención de lanzarse sobre aquel hombre, para explicarle, de una manera convincente, de que no estaba loco. Sin embargo, se retuvo, pensando que en el fondo sería mucho más conveniente para Martha que se sometiese a toda clase de pruebas.

Lo que él deseaba ardientemente era poder salvar a la muchacha de las garras de los «Hipogeos».

—Estoy dispuesto cuando usted lo desee.

El hombre de la cabeza descomunal pulsó un botón y casi inmediatamente aparecieron dos hombres vestidos de blanco de arriba abajo.

—Hagan el favor de acompañar al señor Richard Am-BETHA.

El joven salió del despacho y tras atravesar una serie de extraños salones, pasó a una habitación que estaba casi totalmente ocupada por un enorme aparato, en cuyo centro había un sillón metálico.

—Haga el favor de sentarse ahí.

Richard obedeció y antes de que pudiera percatarse, una serie de brazos metálicos le sujetaban los cuatro miembros, el torso y la cabeza.

Los dos hombres manipularon una serie de complicados mandos y sentándose después ante una enorme pantalla, observaron, tras apagar la luz, en completo silencio.

Sobre la negrura de la pantalla empezaron a aparecer una serie de líneas luminosas rápidas que ondulaban en largos y flexuosos latidos. Aquellas líneas eran los pensamientos del joven que, inconscientemente, estaba relatándose a sí mismo en voz baja. Un amplificador de gran potencia «traducía» la inaudible voz de Richard en aquellas ondulantes líneas luminosas que expresaban el ritmo de sus ideas.

Apoderándose de un minúsculo micrófono que tenía al lado, uno de aquéllos doctores comenzó a hablar, al mismo ritmo que el joven, induciéndole a error.

Aquel aparato era el tipo perfeccionado de lo que siglos atrás se denominó «detector de mentiras».

Casi en completo silencio, el doctor y el paciente conversaban, estando el primero en un estado hipnótico al que le habían llevado una serie de modulaciones musicales a las que había estado sometido desde el momento en que tomó asiento en el sillón metálico.

Las líneas luminosas parecieron alterarse en un principio. Las palabras del doctor estaban intentando crear una confusión en el pensamiento de Richard. Pero aquella alteración no duró más que unos breves segundos. Inmediatamente, el ritmo de las líneas volvió a desarrollarse de la misma manera que al principio de la experiencia.

El doctor que había utilizado el micrófono desconectó una palanca paralizando el mecanismo del aparato, al tiempo que se encendían las luces de la estancia.

Richard no se encontraba recuperado aún y permanecía con los ojos semicerrados, en un estado de incompleta inconsciencia.

—Haga el favor de vigilarle.

Dicho esto, salió de la estancia, dirigiéndose al despacho del hombre que había recibido al joven.

—Richard Am-BETHA dice la verdad, señor.

* * *

La primera expedición de «núcleo-esferas» que envió el Ejército de la autoridad occidental permaneció, a 6.000 metros de altura, sobre el territorio en el que ocurrió el accidente relatado por Richard, toda una larga semana.

Además de los cientos de miles de metros de película que fueron impresionados, con potentes tele-objetivos, las pantallas de televisión del Departamento de Defensa de la Potencia Occidental, estuvieron recibiendo día y noche las imágenes de aquel extraño territorio cuya desnudez seguía siendo tan impresionante como lo fue para los miembros de la compañía cinematográfica que fueron allí por vez primera.

Todo lo que habían llevado allí los hombres: esferas, aparatos diversos, etc., habían desaparecido por completo.

Las esferas de información regresaron a América con una labor que no poseía ningún resultado positivo. Los eminentes hombres de ciencia, de la más pura clase «ALPHA», examinaron detenidamente todo el material que les llevaron sin lograr descubrir ni una sola huella que perteneciese a los seres que el joven director había visto.

Richard fué examinado de nuevo con el aparato de investigación cerebral, y se multiplicaron las discusiones alrededor de aquel extraño asunto al que no se veía nada claro.

El joven, después de recorrer todos los departamentos en busca de una ayuda que reclamaba incesantemente, abandonó Boston con una amargura que le roía dolorosamente el corazón.

Los recuerdos; las espantosas imágenes de los hombres de su equipo retorciéndose, abrasados por el vapor azulado que soltaban las pompas de los «Hipogeos», le perseguían sin cesar con la fuerza de una idea obsesiva.

Durante muchos días, nunca supo cuántos, permaneció en su domicilio, alejado de todo, presa de una fiebre que le consumía implacablemente. La imagen de la joven Martha no se separaba del lugar en que ponía su febril mirada. Sentíase herido en lo más profundo por la inercia que habían demostrado las autoridades, al conformarse con los datos proporcionados por las esferas de información.

¡Mientras tanto, los «Hipogeos», en su mundo subterráneo, estarían, con toda seguridad, torturando a la mujer a quien amaba entrañablemente!

Fueron días y noches de insomnio, de sufrimiento, de dolor indecible, hasta que la decisión se dibujó claramente en su cerebro.

Sabía que la idea de acudir en ayuda de la joven constituía una verdadera locura y que podría hacer muy poco. Sin contar con el apoyo de una fuerza armada, contra los poderosos medios que, con toda seguridad—y ya había visto una prueba en las pompas destructoras—, poseían los «Hipogeos».

Cuando, después de adquirir una «núcleo-esfera», partió decididamente hacia el Este, no se imaginaba, ni remotamente, la espantosa aventura que le esperaba.

* * *

Alepo era, en aquella época, un centro ganadero de importancia mundial. Las grandes fábricas en las que se elaboraban los alimentos preferidos del hombre del siglo XXXI, los «bio-estimulantes», ocupaban una extensa región en lo que un día fué el Iraq. Grandes grúas volantes transportaban, cuando era menester, con sus enormes garras metálicas, el ganado que hacía su último viaje aéreo antes de pasar a las cámaras de deshidratación en las que morían.

El pastoreo de la fantástica cantidad de reses allí acumuladas se hacía por medio de autogiros, desde los que los vigilantes podían percatarse del estado de los animales y de cualquier eventualidad que se produjese.

Cada día estaban obligados a enviar un despacho televisado, desde la estación de Alepo, a la central para dar el número exacto de animales que allí había. El recuento se realizaba, sin descender de los autogiros, por medio de un «rada-contador» que traducía las imágenes puntiformes en números.

Aquella tarde, doce autogiros estaban realizando la labor de recuento. Los aparatos formaban una línea que iba y venía por encima de los rebaños avanzando hacia la costa que era el límite de la concentración de ganado. Una vez terminado su trabajo, los aparatos regresaron a la Base.

Instantes después, cuando el pequeño «cerebro electrónico» de que disponían hubo realizado la gigantesca adición de todas las sumas que se le entregaron, la sorpresa hizo que los ojos de aquellos hombres se dilataran hasta parecer que iban a salirse de las órbitas.

¡CINCUENTA MIL ANIMALES HABÍAN DESAPARECIDO!

Antes de comunicar aquella alarmante noticia a sus superiores, los pastores de Alepo tornaron a sobrevolar los rebaños, contando de nuevo, varias veces, para evitar cualquier error, ya que lo que ocurría parecía desprovisto de toda lógica.

Todos los esfuerzos que realizaron fueron inútiles. El «cerebro electrónico» contestó siempre la misma cosa: faltaban 50.000 reses.

No encontrando explicación posible a tal extraño fenómeno, uno de los equipos se decidió a volar por la parte Norte, recorriendo las orillas del mar hacia la deshabitada península de Anatolia.

Volaron casi toda la noche con los ojos fijos en la pantalla televisora en la que sólo se dibujaba la orografía sobre la que estaban volando.

Desviándose un tanto hacia el Norte, atravesaron el Antitauro,

torciendo luego hacia el Oeste e internándose definitivamente en aquella zona en la que nadie había penetrado desde hacía mucho tiempo.

Inopinadamente, la pantalla de «radar» empezó a percibir la presencia de cuerpos que se movían incesantemente. Las manchas luminosas que se veían en la pantalla indicaban la presencia de una multitud de seres, una especie de inmensa caravana, que se movía sin cesar.

—¡El rebaño! —exclamó uno de los hombres.

Prudentemente, se pusieron de acuerdo para alejarse de allí mientras durase la noche. Volando más al Norte, aterrizaron sobre una planicie que reunía inmejorables condiciones, ya que era, por completo, inaccesible a cualquier posible enemigo que intentase llegar allí desde la llanura.

Al amanecer, después de haber pasado una noche inquieta, sin lograr conciliar el sueño, los pastores de Alepo subieron al helicóptero dirigiéndose rápidamente hacia la zona en que habían percibido, por el «radar», la marcha del ganado.

No tardaron en vislumbrar la densa nube de polvo que los animales levantaban al patear aquella calcinada tierra. Manteniendo el aparato a una regular altura, se fueron acercando al enorme rebaño para intentar descubrir quiénes eran los que le conducían. Con un visor telemétrico, uno de los hombres observaba detalladamente los márgenes de la masa animal que se movía incesantemente hacia el Oeste.

Por el momento, era difícil distinguir nada entre la polvareda que cubría totalmente al rebaño. El observador indicó al que pilotaba que se acercase algo más.

Entonces, cuando logró enfocar a uno de los ladrones de ganado, un grito de horror se escapó de su garganta.

—¡Aléjate de aquí! —gritó al piloto.

Pero aquellas palabras llegaban demasiado tarde.

Un «Hipogeo» había levantado la cabeza hacia el extraño aparato que volaba sobre él. Su piel, apergaminada, moldeaba exactamente los huesos de la cara, prestándole un aspecto cadavérico que hacía aún más repugnante el color blanco lechoso de la piel.

Las cuencas vacías, en las que faltaban los ojos, ofrecían en su fondo una oscuridad que marcaba inexorablemente la terrible ceguera de aquellos seres.

El «Hipogeo», que se había detenido, llevaba sobre la cabeza una especie de campana transparente que le cubría hasta los hombros. Por los dos orificios laterales de aquella cápsula brillante emergían dos tentáculos blancuzcos; dos antenas que se movían incesantemente al igual de las que poseen los insectos.

Durante una pequeña fracción de tiempo, el «Hipogeo» permaneció inmóvil. Su esquelético tórax, del mismo color blancuzco que todo su

cuerpo, se movía en una respiración francamente fatigosa. Su duda duró apenas una décima de segundo. Metiendo su mano en una especie de bolsa que le colgaba del cinturón, sacó un aparato del tamaño de un puño humano que apartó con fuerza.

Una brillante pompa, que pareció a los ocupantes del helicóptero, salida de la espuma del jabón, ascendió en el aire reflejando las irisaciones multicolores que producía en ella la luz del sol.

Más que el terror, la extrañeza de todo aquello había paralizado a los hombres que permanecían, con los ojos muy abiertos, mirando al raro ser y a la luminosa esfera que ascendía hacia ellos.

Comparada con la repugnante presencia infrahumana, aquella pompa parecía establecer un incomprensible contraste, restando a la escena algo de infernal pesadilla.

La luminosa esfera seguía ascendiendo…

De repente, cuando después de balancearse por la brisa, aquella pompa rozó una de las ruedas del tren de aterrizaje del helicóptero, la banalidad aparente de la escena cambió bruscamente, convirtiéndose en algo terrorífico.

La esfera se había roto y de ella brotó un vapor azulado que envolvió completamente al helicóptero. En pocos segundos, el aparato y sus ocupantes se habían carbonizado, convirtiéndose, los hombres, en unos diminutos muñecos negros en cuyos brillantes ojos se leía aún el terror que había precedido a la muerte.

El «Hipogeo» sintió perfectamente cómo los restos del aparato de los pastores de Alepo cayeron no lejos del lugar en que él estaba. Sus antenas se movieron incesantemente y guiándose por una especie de sentido oculto, se dirigió hacia el lugar en que yacían los carbonizados cuerpos de los ocupantes del helicóptero.

Sin dejar de mover las antenas, agachóse y con sus huesudas manos reunió las compactas cenizas de los cadáveres formando una bola que se llevó glotonamente a la boca.

Luego, su espantoso rostro dibujó una horrible mueca que quería ser una sonrisa. Después, lentamente, avanzó hasta situarse junto al rebaño, hasta que el polvo denso que brotaba de las patas de los animales lo hizo desaparecer por completo.

EL LABERINTO DE LOS "HIPOGEOS"

AL sentirse cogida, inopinadamente, por unas manos fuertes, Martha intentó reaccionar, al tiempo que, volviendo el rostro, trataba de identificar al agresor, creyendo que no podía ser otro que algún miembro de la compañía cinematográfica que hubiese perdido la razón.

Fué al contemplar el horrible rostro de su raptor cuando su sistema nervioso se negó a reaccionar normalmente y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró se vió envuelta por una oscuridad completa. Sentía perfectamente cómo estaba siendo transportada en brazos de alguien. La parte de piel de su raptor que tocaba con su propio cuello le proporcionaba una desagradable sensación, como si fuese tocada por un reptil de helada y suave epidermis.

Durante los primeros minutos que siguieron a su recuperación, se mantuvo quieta, inmóvil, mientras intentaba recordar, lo más claramente posible, todo lo que le había ocurrido. Hacía verdaderos esfuerzos por volver a ver, en la imaginación, el rostro del ser que se había apoderado de ella. Pero cada vez que intentaba recordarlo, la imagen de los comparsas se mezclaba tan íntimamente que no podía llegar a separar la una de la otra, concluyendo en la imposibilidad de reconocer al hombre que la llevaba en brazos.

Se serenó al imaginar que aquel rapto debía haber sido realizado por algún grupo de bandidos locales deseosos de obtener un fuerte rescate por ella. Aquella idea la tranquilizó, pues sabía que el director Richard pagaría cualquier suma para recuperar la protagonista de su película.

Desde que recobró el conocimiento no dejó de extrañarse por un ruido constante que provenía de muy cerca de su rostro. Aquel sonido le recordó el «fru-fru» de las telas de seda al frotarse contra sí mismas. Quizás, este último era menos continuado que el que, en aquellos momentos, llegaba a sus oídos.

La oscuridad seguía siendo tan intensa como al principio, y por muchos esfuerzos que hizo para perforar las sombras que la rodeaban, no consiguió atravesar aquella espantosa negrura.

Pensando en ello, le extrañó sobremanera la seguridad con que su raptor se movía entre las tinieblas. El paso del hombre que la llevaba era seguro, sin vacilaciones de ningún género, como si caminase en pleno día, bajo una espléndida luz solar.

Aquella especie de castañeo suave que no cesaba de torturarla, con

su fatigosa monorritmia, llegó a enervarla de tal manera que, sin darse mucha cuenta de lo que hacía, se revolvió furiosamente intentando escapar a los fuertes y fríos brazos que la sujetaban.

Una voz débil, como la de un niño o la de un hombre muy enfermo, se dejó oír.

—¡No se mueva! Es inútil toda resistencia. Además no debe sentir miedo alguno, ya que nadie le hará daño…

Ella escuchó con asombro aquellas palabras pronunciadas débilmente en un inglés relativamente arcaico, como el que se hablaba a finales del siglo XX; en él faltaban los modismos que habían hecho que la antigua lengua de Shakespeare se convirtiese en un nuevo lenguaje en el que abundaban extraordinariamente los términos nuevos de una especie de jerga internacional, de gran uso, que había recibido el nombre gráfico de «pan-logos».

El inglés que hablaba el ser que la llevaba en brazos se parecía extraordinariamente al que había servido de medio de expresión a los anglosajones del año 2.000…

Martha, dándose cuenta de que aquel ser raro no comprendería el moderno «anglo», intentó expresarse de una manera rudimentaria.

—¿Dónde me lleva? —inquirió hablando tan lentamente que más parecía que deletreaba.

—Vamos a la cámara real—repuso el invisible raptor—. «El que está en contacto con Allah» quiere verla.

Todo era extraño y paradójico en aquella respuesta.

¡Un hombre—si era hombre—que caminaba en las tinieblas; que hablaba un inglés de hacía mil años y que adoraba a un profeta árabe!

Tal mezcolanza era inverosímil y Martha estuvo tentada de intentar otra vez una huida que, pronto se convenció, era completamente imposible. Después de escapar, en aquella horrorosa oscuridad mucho más densa que la de la noche más cerrada que jamás hubiese visto… ¿hacia dónde dirigirse?

Aquel extraño ser, cuyos fuertes brazos la llevaban como si se tratase de un niño, la alcanzaría antes de que hubiese dado un solo paso. Pues era evidente que «él» era capaz de «ver» en aquella oscuridad, igual que la joven en pleno día.

El vibrar monótono que seguía llegando a sus oídos, la producía una sensación de desagrado, en el que la angustia le hacía temer la posibilidad de volverse loca.

—¿No puede usted hacer que ese horrible ruido cese de una vez para siempre?

El silencio que siguió a aquella pregunta fué roto por una especie de carcajada que, como la voz que había oído antes, parecía salir de la garganta de un niño.

—Ese ruido que oye está producido por mis antenas…

Un estremecimiento recorrió la espalda de la joven. No obstante, e intentando defenderse de la confusión que empezaba a reinar en su mente, Martha pensó que había oído mal y que las diferencias de lenguaje que existían entre ella y el «otro» debían haber producido aquel lamentable error.

—¿«Antenas»?

—He dicho eso. Comprenderá usted que en esta oscuridad, que para nosotros es igual a la que existe fuera, no podría moverme con la seguridad que lo hago, sino fuese por estos órganos con los que percibo perfectamente todo lo que tengo en derredor.

Las sienes de la muchacha martilleaban sordamente al compás de su alocado corazón. La angustia se había convertido en algo distinto, una especie de terror cósmico, algo que rayaba definitivamente con los límites de la razón.

Forzando el pánico que aprisionaba su pecho como un cepo de acero, Martha se atrevió a preguntar.

—Entonces… ¿no es usted un hombre?

Hubo un silencio tan profundo como la misma negrura que reinaba allí; tan intenso como las tinieblas que alcanzaban una densidad tal, que los ojos de Martha no llegaban a percibir ni aún el más ligero fotoma5.

—¿HOMBRE? —la voz de aquel ser tenía, al formularse la pregunta, un tono de irremediable angustia—. No puedo decirle si lo somos o no. Para nosotros, lo somos, indudablemente; pero el sentido de esa palabra, que nos ha sido transmitido de generación en generación por nuestros antepasados que, con toda seguridad, fueron como usted y todos los que viven en la superficie de la tierra; el sentido de esa palabra es distinto… ¡Hombre!.. —una risa histérica coronó la exclamación que acababa de lanzar—. ¡Nosotros somos más poderosos que los hombres! Es verdad que sabemos muy poco de ellos; algo más de lo que ellos saben de nosotros… ¡Pronto conocerán nuestro poder!

El cerebro de Martha semejaba a un volcán en plena evolución. Todo lo que acababa de escuchar la había removido hasta en lo más íntimo de su ser. Entornando los ojos, deseó ardientemente que todo aquello no fuese más que una pesadilla de las que abundaban su sueño desde que había salido de América hacia aquella tierra maldita que yacía olvidada por los hombres.

No se sintió con fuerza de seguir conversando y guardó un silencio medroso que era cortado intermitentemente por aquel sedoso y, al mismo tiempo, áspero mover de las antenas del ser que la llevaba.

Se había acostumbrado ya al contacto frío descarnado de las manos que, de vez en cuando, rozaban sus brazos desnudos. Pero cada vez que concentraba sus pensamientos en aquel repugnante contacto volvía a imaginarse que estaba siendo enroscada por una serpiente.

Notó perfectamente que el camino descendía bruscamente y se

apercibió, por el sentido de los pies de su raptor, que éste hacía lo posible por frenar la aceleración que producía sobre su cuerpo cargado el declive del terreno.

Estuvieron bajando durante un buen rato. De todas formas, para Martha el concepto del tiempo había perdido su razón de ser, ya que se encontraba incapaz de medir el transcurrido desde que había sido raptada.

Al volver a hacerse llano, el camino resultó mucho más cómodo que lo era desde el principio. La joven se percató inopinadamente de que el sonido de las antenas de «él» se multiplicaba con otros muchos que parecían rodear a su raptor.

Sintió perfectamente que subían unas escaleras y el sonido de una puerta, que giraba sonoramente sobre sus goznes, llegó a sus oídos. Luego, de repente, los brazos que la sujetaban la posaron suavemente sobre el suelo.

Un silencio completo, que aumentó la angustia de la joven, se hizo por doquier. Ella sentía claramente los fuertes latidos del corazón que resonaban en su pecho de una forma desacostumbrada.

Inesperadamente, una voz, mucho más intensa que la que, hasta entonces, había oído Martha, rompió brutalmente el silencio.

—¡Acérquese un poco más, por favor!

Seguían expresándose en aquel inglés que para Martha era un lenguaje desusado y casi primitivo. Por unos instantes recordó las cintas magnetofónicas y los discos «micro-surcos» que se exhibían a los curiosos oyentes del Museo de Lenguas Antiguas de Boston.

Dudó mucho, decidiéndose a obedecer el ruego que acababan de hacerle, cuando consideró que toda estúpida resistencia sería inútil. Sin embargo, el terror que la sobrecogía no le permitió avanzar más que dos pasos extremadamente cortos.

Lo que más daño le hacía era la oscuridad, sin la cual se hubiese sentido más defendida por el sentido de la vista y hubiera podido prevenir cualquier inesperado peligro, cualquier amenazadora sorpresa, no estando, como ahora, irremediablemente indefensa.

La voz fuerte volvió a sonar.

—No tenga miedo. Yo le prometo, bajo mi palabra de «el que está en contacto con Allah», que no le ocurrirá nada si sigue las órdenes que se le den.

Ella se sintió profundamente indignada por aquella imposición que, aunque en forma gentil, intentaban ejercer sobre ella.

—¡Soy una ciudadana que sólo depende de la autoridad de Occidente! Ningún otro gobierno de la Tierra puede ordenarme.

Oyó claramente una risa fuerte, varonil, que se diferenciaba enormemente de la voz infantil en que se expresaba el que la había llevado hasta allí.

—¡Autoridad de Occidente! No sé lo que es eso. Todo lo que nosotros conocemos no se extiende a más de un millón de pasos de la salida del «Calor que Nace». La única autoridad que existe entre los «Hipogeos» es la mía… ¡Quede esto claro para siempre!

Martha estaba profundamente indecisa en cuanto al camino que debía seguir para intentar salvarse de aquellos raros seres. Acababa de ver que la protesta no la conduciría a lado alguno. Su astucia femenina la llevó a hablar en términos muy distintos a los que había empleado hasta entonces.

—Estoy dispuesta a acatar las órdenes que se me den, siempre que no vayan dirigidas directamente contra mi integridad—hizo una pequeña pausa, prosiguiendo después con voz firme—. Yo ruego ahora a «El que está en contacto con Allah» que me diga lo que se piensa hacer conmigo; es decir, cuál será mi destino y si hay alguna posibilidad de ponerme en comunicación con los hombres de mi raza, que darían cualquier cosa en cambio de mi libertad.

—Tu libertad es imposible. Pero, como veo que, aunque mujer, eres un ser inteligente, distinto en todo a las hembras de los «Hipogeos», voy a aclararte mis proyectos hacia ti que, espero, serán de tu agrado.

Durante los segundos de silencio que siguieron a aquellas palabras, Martha se sintió desfallecer. Todas las ilusiones que se había hecho respecto a la posibilidad de un rescate, por alto que fuera, se habían desmoronado como un débil castillo de arena al ser golpeado por el poderoso brazo de una ola.

—Mis deseos—prosiguió el invisible personaje— son el de hacerte mi esposa. Desde hace medio millar de años, los «Hipogeos» viven en la más temible de las oscuridades. Las antenas que han brotado de nuestras frentes, nos proporcionan, esa es la verdad, todo lo necesario para que nos movamos con facilidad en nuestra eterna noche…—hizo una larga pausa—… Debemos confesar que nos hemos acostumbrado y adaptado perfectamente a esta situación de ciegos. Nuestras cuencas vacías no nos hacen recordar las maravillas de la luz, tal y como las leemos en los tratados de nuestros antepasados que, como tú, tenían ojos…

Martha pensó, al tiempo que un estremecimiento horrible le recorría el cuerpo, en la alucinante tragedia de los antepasados de los «Hipogeos». Seres como ella que—aún no sabía por qué—se habían visto obligados a alejarse de la superficie de la tierra. Los sufrimientos de aquellos desdichados debieron sobrepasar a la más diabólica tortura que imaginarse puede.

¡Huir de la luz!

¡Hundirse para siempre en las tenebrosas tinieblas de las galerías subterráneas, lejos del día, lejos de la noche; lejos de las maravillas que han sido creadas para el indefinible placer de los ojos!

Debieron estremecerse de horror al no poder regresar a la superficie

de la tierra; debieron temblar de espanto cuando, a pesar de los esfuerzos que hacían, no podían vislumbrar la más pequeña claridad.

Día tras día, en un interminable correr de un horrible tiempo, debieron ir percatándose de que los ojos, que les habían servido para conocerse, para amarse, no poseían ya utilidad alguna para ellos. ¡Tener ojos y estar ciego! ¡Poseer un órgano de tal importancia y sentir que por falta de función va atrofiándose lentamente; que los hijos, productos de la primera generación de aquellos desgraciados, ya no preguntan lo que es la luz, no se extrañan de las tinieblas que les rodean y que sus manecitas son las que buscan, en el rostro de la madre y del padre, la imagen que deben conocer y diferenciar de las de otros seres!

—Nuestros antepasados… ¡tenían ojos! —en la voz había un trémolo de emoción que hizo daño a Martha—. ¡Ojos! Para la mayoría de los «Hipogeos», gentes que no han leído lo que escribieron los antepasados y que, por lo tanto, ignoran que hay luz, que hay cielo, estrellas, nubes y colores, la paz reina en sus corazones. Pero, para nosotros, los que hemos sentido en las páginas de los libros, mientras nuestros trémulos dedos recorrían ansiosamente las letras perforadas, en las palabras que cantan un mundo completamente desconocido para nosotros, el ansia de ver nos corroe el corazón y ello nos mueve a preparar un ataque contra los hombres de la superficie.

Guardó silencio, mientras la joven intentaba vencer la angustia que lo que estaba escuchando la producía.

—Nuestros sabios, que han estudiado el problema a fondo, nos han dado una única esperanza. Sólo los descendientes de padres «Hipogeos» y mujeres terrenas podrán tener la facultad de ver. Será como si rehiciésemos lo que ha ocurrido, empezando por el fin… ¡Esa es la única esperanza de nuestra raza!

Martha sintió que un temblor incontrolable se había apoderado de ella. La negrura de su destino se le presentaba tan intensa corrió la que sus ojos no podían perforar. Al mismo tiempo, la terrible tragedia de los «Hipogeos» la había impresionado hasta lo más íntimo. Pero su formación moral se revelaba contra la cínica idea del jefe de aquellos monstruos, cuya mentalidad demoníaca la producía un indecible pánico.

El jefe ordenó algo en voz alta, expresándose en un lenguaje completamente desconocido para la joven. Inmediatamente, unos fuertes brazos tomaron los suyos arrastrándola violentamente hacia fuera.

Cuando el sonido de una puerta que se cerraba la puso en contacto nuevamente con la realidad, Martha lanzó un grito de alegría.

¡LUZ!

Levantó la cabeza creyendo, por un instante, que había perdido la razón.

Pero no había duda posible. La estrecha cueva en la que los «Hipogeos» la habían encerrado tenía una forma cónica y, en su parte

superior, un pequeño orificio por el que se filtraba un débil rayo de luz que fué para la muchacha mucho más hermoso, en aquellos momentos, que todos los soles y estrellas del universo entero.

Se podía decir, sin temor a exagerar, que la muchacha «paladeaba» aquella luminosidad, considerándola como un don del cielo.

Aquel tenue rayo de luz le produjo, al principio, una sensación de desagrado tan intenso que hubo de cerrar los ojos para evitar la insoportable quemazón que sentía Pero cuando fué acostumbrándose a la claridad, todas las ideas pesimistas y los horrores que había escuchado, se desvanecieron de su mente y volvió a reconocerse a sí misma, animosa y dispuesta a defenderse contra cualquier peligro que se presentase.

Unas horas después, la puerta tornó a abrirse y un esquelética mano dejó sobre el suelo un recipiente que humeaba…

Martha, sorprendida, no pudo llegar a ver nada más que la mano.

Al acercarse a la comida, puso un gesto de inevitable repugnancia, ya que el olor que ésta desprendía demostraba palpablemente una manera de cocinar rudimentaria, primitiva que, indudablemente, no era habitual a los «Hipogeos».

Un trozo de carne insuficientemente asada era todo lo que, junto a otro recipiente que contenía agua, le habían llevado.

Dudó mucho la joven antes de decidirse a probar bocado. Finalmente, pensando que no debía abandonarse y que, por el contrario, necesitaba mantener al máximo sus energías, sin lo cual se convertiría en una presa fácil, venciendo toda su repugnancia, comió gran parte de lo que contenía la vasija, que parecía hecha con un barro negruzco.

Día tras día, Martha conocía ahora la duración del tiempo por la luz que entraba por el vértice de su celda, fueron llevándola, en dos veces, unos alimentos de una semejanza tal que no pudo jamás hallar un gusto distinto entre uno y otro. Cada vez que la puerta se entreabría, el mismo esquelético brazo dejaba sobre el suelo los recipientes, recogiendo los que habían servido la vez anterior. Fuera de aquel brazo, el resto del cuerpo permanecía en la sombra.

Un día, el sexto de su estancia allí, la puerta se abrió por completo y, por primera vez, Martha pudo contemplar a su gusto un «Hipogeo».

Era sensiblemente más alto que los hombres. La cabeza, envuelta en una campana transparente, parecía, con una exactitud horripilante, la de un cadáver que hubiese permanecido insepulto largas semanas.

Todos los huesos sobresalían, marcándose bajo la blancuzca piel del rostro en una detallada anatomía. Los labios, completamente exangües, poseían el mismo color lechoso que el resto de la cara, formando una parte un poco más gruesa que delimitaba la abertura de la boca. Esta parecía una herida sobre la blanca piel.

Pero lo que horrorizaba contemplar; lo que causaba una sensación

irresistible de náuseas, eran las cavidades profundas, vacías, huecas, terriblemente hondas, de sus ojos ciegos. Debajo de las cejas, parecían dos tremendos cráteres, dos embudos en los que la blanquecina piel iba oscureciendo a medida que se adentraba en aquellas cuencas vacías…

Si aquel espectáculo alcanzaba el límite de lo espeluznante, las movedizas antenas de aquel monstruo causaban una sensación plenamente terrorífica. Eran dos largos y flacos brazos, formados por una especie de segmento que les hacían parecer a dos inquietos gusanos; dos largas lombrices del mismo repugnante color blanquecino que dominaba en aquellos seres.

Se movían, o más bien temblaban, oscilando, reptando en el aire, como si las tenues corrientes las hiciesen retorcerse, tal era su exagerada sensibilidad.

—Vengo a buscarte…

Había en la voz que escuchaba Martha una nueva tonalidad que no dejó de extrañarle. Después de mirar el rostro, su mirada descendió por el cuerpo que estaba cubierto por una especie de largo vestido, de un color de tierra.

—Vengo a buscarte—repitió—. «El que está en contacto con Allah» ha mandado preparar un baño para ti. ¡Ven!

Siguió a aquel extraño ser que se había aplicado el nombre de «mujer» dándose cuenta que sería completamente incapaz de distinguir, entre los «Hipogeos», las diferencias entre los dos sexos.

Después de atravesar una serie de estrechas galerías, con la sorpresa de ver que se habían colocado sobre los muros una especie de rudimentarios candiles, de los que brotaba una incierta luminosidad, Martha llegó a una cueva de cierta amplitud en cuyo centro había una pequeña laguna que, por el ruido del agua, debía encerrar en su fondo un manantial.

Un ansia de dejarse caer en el agua se apoderó de la joven. Su piel se había cubierto de polvo que flotaba en el ambiente de aquellos subterráneos. Volviéndose al «Hipogeo».

—¡Vete!

El monstruo dejó escapar una risa breve.

—No puedo verte—dijo.

—¡No importa! —insistió Martha—. ¡Vete!

Con un gruñido, la «Hipogeo» salió a la galería, desapareciendo de la vista de la muchacha.

La sensación del líquido, por su frescura, hizo que reaccionase violentamente. La sangre aumentó de velocidad en sus venas y una nueva energía se despertó en su organismo.

Después de juguetear un poco con el agua, Martha salió de la laguna subterránea, vistiéndose rápidamente sin dejar de lanzar nerviosas ojeadas hacia la entrada de la ruta. Iba a llamar a la mujer «Hipogeo»,

cuando ésta se presentó ante ella.

—¿Has estado espiando? —inquirió coléricamente la muchacha.

—No necesito hacerlo—fué la respuesta—. Mis antenas han seguido todos tus movimientos y he entrado sabiendo que habías terminado tu baño —hizo una extraña mueca—. ¡Tú vas a ser la mujer de «El que está en contacto con Allah»! Has de saber que todas las mujeres «Hipogeos» te deseamos que estés maldita para siempre, ya que has venido a usurpar el puesto de honor de una de nosotras que estaba destinada a ser la favorita.

Martha sintió una incontenible rabia.

—¡Yo no me casaré con nadie! —las palabras salían a borbotones de sus trémulos labios—. ¡Antes de hacerlo, me mataré!

Estaba dispuesta a hacerlo para poder escapar al terrible cepo que se cernía sobre ella.

Fué entonces cuando media docena de «Hipogeos» aparecieron en la galería. Uno de ellos, que parecía ser el jefe, se dirigió a la joven.

—¡Síguenos! «El que está en contacto con Allah» te espera.

Martha, lanzando un grito de espanto, intentó abrirse paso para huir hacia cualquier sitio. Las fuertes manos de los «Hipogeos» la redujeron a una inmovilidad completa.

La arrastraron, sin contemplación alguna, a través de galerías que se

sucedían sin cesar. Las débiles iluminaciones que habían colocado, alumbraban con una luz mortecina el tremendo laberinto en el que vivían los «Hipogeos».

De cuando en cuando, Martha entreveía, a uno y a otro lado de la galería, entradas que debían conducir a las cámaras en que habitan aquellos extraños seres. Cada vez que pasaba delante de una de aquellas oscuras bocas, el fétido olor que debía producir el hacinamiento de los «Hipogeos», llegaba hasta ella, produciéndola unas irresistibles náuseas.

Por fin llegó a una enorme estancia, donde la iluminación alcanzaba una gran intensidad. Un centenar de «Hipogeos» ocupaba el espacio que delimitaba un pasillo, formado por sus cuerpos y a través del cual fue llevada la muchacha.

Cuando los brazos que la sujetaban fuertemente disminuyeron su presión y Marta se sintió libre, su mirada dirigióse, naturalmente, hacia el final del pasillo que dejaban entre sí la aglomeración de los «Hipogeos» presentes.

Una especie de trono, tallado en roca, se elevaba a más de seis metros sobre el nivel del suelo. Una rudimentaria escalera, de aspecto terroso, conducía hasta el elevado sitio al que estaba ocupado por uno de aquellos seres.

Los ojos de Martha, en una atrevida mirada, fijaron la personalidad de los que todos llamaban el «Dueño» o «El que está en contacto con Allah».

Un estremecimiento de terror sacudió brutalmente el cuerpo de la joven. Si hasta entonces había contemplado a los «Hipogeos» con un natural sentimiento de repugnancia, la figura del jefe de todos ellos la hizo dar, inconscientemente, un paso hacia atrás.

El «Dueño» poseía un cuerpo en el que los estigmas de la raza de los «Hipogeos» se demostraban con toda rudeza. Aquel extraño jefe debía haber pasado ya, hacía tiempo, de los cien años, y su rugosa piel blanquecina hizo recordar a la joven el aspecto semejante que poseían las tortugas en la piel de sus largos cuellos.

Las antenas del «Dueño» mostraban también visibles signos de la decrepitud de aquel organismo que parecía estar hundiéndose ya en la muerte que se produciría en la negrura de una de aquellas cuevas.

—Siento que eres tan bella como las mujeres de las que hablaban nuestros antepasados. Cada vez que leo en sus libros los cantos que dedicaban a sus prometidas, esfuerzo mi mente en concebir la realidad que les empujaba a decir tan hermosas cosas. Ahora, a pesar de que no puedo, como ellos, verte, siento los efluvios que de ti se desprenden y que son tan diferentes de los de nuestras mujeres, ¡Debes estar contenta, pues vas a ser el origen de la regeneración de nuestra raza! Nuestros libros contarán a las dichosas generaciones venideras tu ejemplo como algo nunca igualado. ¡Ven! ¡Sube aquí, a mi trono!

HACIA EL ABISMO

RICHARD detuvo la «núcleo-esfera» bastante lejos de la zona en la que se habían producido los acontecimientos desastrosos, que no produjeron la reacción que él esperaba en los miembros de la autoridad occidental.

No podía comprender que las preocupaciones de los «ALPHAS» de Boston, concentradas en los peligros que podían llegar desde las insondables profundidades del cosmos, les hubiesen impelido realizar una investigación más profunda sobre el asunto que había comenzado por el rapto de una de las más populares artistas de América.

El joven se percataba de la importancia que para los terrenos tenía una estrecha y continua vigilancia del firmamento; pero no podía autoconvencerse de la negligencia que significaba el haber echado al olvido el extraño fenómeno que se había producido en la península de Anatolia.

Procuró dejar la «núcleo-esfera» en un lugar en el que no fuese demasiado visible. El recuerdo de las terribles pompas le hacía ser muy precavido.

Salió del aparato, armado de un potente «rifle-reactor» de último modelo, que podía lanzar doscientos cohetes, que, por un procedimiento especial de «auto-ignición», lograba llegar al blanco a una temperatura superior a los 3.000 grados. Ya, desde hacía varios centenares de años, la fabricación de armas de tipo clásico, a explosión, había desaparecido por completo. El descubrimiento de una serie de sustancias que, al contacto con el aire, consumían una gigantesca cantidad de oxígeno, alcanzando, por tanto, temperaturas enormes, modificó por completo los conceptos de balística, dando paso a las nuevas armas que lanzaban cohetes de diferente tamaño, según su calibre. Los cohetes-proyectiles de un rifle corriente tenían el volumen aproximado de una bala del 9 de una pistola del siglo XX, con la diferencia de la temperatura, que hacía que al llegar el proyectil al objetivo, estuviera convertido en un punto ígneo capaz de atravesar los más gruesos blindajes.

Richard avanzó prudentemente. La desolada tierra causaba una penosa impresión de acabamiento, de infinita soledad, como si hubiese estado deshabitada desde el principio de los Tiempos.

El joven rememoró las imágenes de los libros de Historia en los que se veían las lindas ciudades de aquel país que se había llamado Turquía. Todo había desaparecido en la terrible conflagración mundial, cuando

los poderosos Imperios Rojos fueron finalmente destrozados en aquellas llanuras, bajo la impenetrable mirada de los montes que confinaban con los dominios del último de los Zares.

Las terribles bombas de cadmio y todas las demás armas habían removido aquella tierra, desintegrándola una vez y otra, hasta convertirla en un polvo fino, arenoso, en el que se hundía el pie al andar…

Las capas profundas, de carácter rocoso, salían acá y allí como negras cabezas de monstruos que reposasen en un sueño invernal, con sus gigantescos cuerpos enterrados en la arena.

Era la Desolación, la Soledad, el Silencio que sigue a los grandes Apocalipsis de la Historia, cuando la vida ha huido del lugar en que se ha posado la maldita huella del hombre en guerra.

Recorrió gran parte de la llanura y cuando la fatiga le venció, detuvo su avance y regresó, lo más rápidamente posible, al punto en el que había dejado la «núcleo-esfera». Una vez dentro, tomó una buena dosis de pastillas «bio-estimulantes», con las que recuperó las energías por completo. Después, y como no deseaba dormir, de forma a impedir cualquier desagradable sorpresa, se aplicó sobre el antebrazo izquierdo una ventosa de «insomnina», sustancia que producía un desvelo no fatigoso, haciendo que la atención se mantuviese despierta mientras el resto del organismo se reposaba. Tal resultado se obtenía porque la «insomnina» operaba sobre ciertos centros nerviosos, singularmente los del oído, dotándolos de una supersensibilidad formidable y hasta tal punto, que el individuo oía, como ciertos animales, el menor ruido a gran distancia. El resto del organismo gozaba, entre tanto, de un sueño reparador. Cuando algo extraño llegaba al oído, avisando de cualquier especie de peligro, el hombre no tenía más que arrancarse la ventosa para encontrarse completa y definitivamente despierto, dispuesto a cualquier pronta acción.

Reclinado en un «chaise-longue» de «panteidos», Richard cerró los ojos, disponiéndose a pasar, con un poco de suerte, una noche tranquila.

Fué al cabo de unas horas cuando la alarma se produjo.

El joven se arrancó velozmente la ventosa de «insomnina», precipitándose sobre el cuadro de mandos, en el que pulsó un botón de encendido para todos los aparatos de televisión de a bordo.

Las «núcleo-esferas» estaban dotadas de una serie de televisores que podían captar las imágenes de todos los puntos que rodeaban al aparato. Así se alcanzaba una visión total sobre una pantalla «spheri-comascope», del total horizonte, como si cientos de ojos hubiesen sido colocados como maravillosos centinelas.

Richard maniobró otra palanca para adaptar la visión a los rayos catódicos, que le permitirían ver lo que fuese a pasar en la oscuridad de la noche. Se trataba de un procedimiento que recordaba el mecanismo

electrónico del antiguo «radar».

No tardó en descubrir una sombra, de forma humana, que se movía cautelosamente no lejos de la «esfera». Como la visión catódica no permitía los detalles, Richard no veía, en realidad, más que la silueta del desconocido.

Durante unos segundos, el joven vaciló, dudando en lo que habría de hacer. Luego, decidiéndose repentinamente, pensó que lo mejor era salir en busca del intruso y ver claramente de lo que se trataba. Además, aquella desconocida figura se movía exactamente por el lado contrario a la salida de la «esfera», cosa que facilitaba el sorprender al otro.

Con el dedo en el gatillo del «rifle-reactor» salió cautelosamente del aparato, contorneándolo hacia el lugar en el que se encontraba el desconocido. Llevaba los nervios en tensión y estaba dispuesto a disparar a la menor señal de peligro, ya que temía a las «pompas», que reducirían su «esfera» a un montón de hierros retorcidos.

Se guió fácilmente, orientándose enseguida y no tardando, cuando se detuvo a escuchar, en oír los movimientos que le provenían de la oscuridad. Los efectos de la «insomnina» duraban aun en su cuerpo y aquello le permitía oír el menor ruido.

Sacando una linterna, a luz de «hidrógeno», la mantuvo en la mano izquierda, mientras con la derecha, y el cañón apoyado en el muslo del mismo lado—había colocado el pie derecho en un altozano—, se dispuso a obrar.

Un potentísimo haz de luz blanca brotó de la lámpara. El dedo índice hizo que el gatillo recorriese suavemente el margen de seguridad.

—¡ALTO! —gritó con voz ronca.

La silueta del desconocido, que estaba agachado, se extendió rápidamente, al tiempo que levantaba las manos.

Richard lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Timothy!

¡Era su ayudante! Algo tan inesperado que, tanto uno como otro, se quedaron inmóviles, sobrecogidos por aquella situación inverosímil.

—¡Richard!

Corrieron el uno hacia el otro, fundiéndose en un fraternal abrazo. La lámpara, que el joven mantenía encendida, prestaba a la escena un sabor fantasmagórico, ya que proyectaba la enorme sombra de los dos amigos como la de un ser monstruosamente gigantesco.

Richard tomó al otro por el brazo y sin dejarle hablar le condujo al interior de la «núcleo-esfera». Una vez allí, Timothy dejóse caer sobre una de las «chaises-longues».

—¡Quiero comer algo, por favor! —suplicó.

El otro se apresuró a proporcionarle una buena dosis de tabletas «bio-estimulantes». Momentos más tarde, y después de unos tragos de refresco, Timothy pudo, al fin, sonreír. Luego, bruscamente serio:

—¡Fué horrible! —exclamó con un profundo suspiro.

Richard, que había tomado asiento frente a él:

—Creí que habías perecido como los otros. ¡Jamás hubiese pensado en que la vida me hubiese reservado la alegría de volverte a ver!

—También yo no podía creer que escaparía. Pero—añadió sonriente —está visto que la muerte no quiere nada con Timothy, por ahora…

Hubo un corto silencio en el que los dos hombres pensaron en los terribles acontecimientos que habían vivido.

—Cuando te vi correr hacia la «esfera»—empezó a decir Timothy— intenté seguir tu ejemplo; pero una de aquellas malditas pompas, que acababa de estallar ante mis propias narices, matando a unos cuantos muchachos, me cortó definitivamente el paso. Torcí, sin dejar de correr, hacia un lado y otro, intentando escapar de la muerte, que me rodeaba por todas partes. Cada vez que veía a uno de nuestros hombres reducido a aquellos espantosos enanos negros en que les convertía la humareda azul, me estremecía de terror. Finalmente, y sería incapaz de decirte cómo, logré alejarme, no sin pasar un último susto—se pasó la mano por la frente, como si desease alejar las alucinantes imágenes que le perseguían aún—. Tú ya habías desaparecido con tu aparato y entonces vi con horror cómo salían de la cueva una serie de seres que parecían ir vestidos de manera semejante a nuestros comparsas. Naturalmente, que eran mucho más impresionantemente terribles…—hizo una pausa—. Yo los vi desde bastante lejos y no puedo darte muchos detalles sobre su aspecto. Pero uno de ellos debió verme, porque lanzó hacia mí una de las temibles pompas, que marchaba a gran velocidad. Me salvé por puro milagro. Cuando la pompa estalló, dispersando su azul contenido, yo estaba, afortunadamente, bajo una roca enorme. No sé si me creerás, pero el estallido, aunque fué no muy fuerte, me hizo la impresión de que me clavaban unos hierros en la cabeza. Sentí que perdía el conocimiento; luego…

Tardó bastante en reanudar su relato. Con la frente repleta de arrugas y las pupilas brillantes, parecía sentir, en aquellos momentos, el horror que pasó allá, cuando la «pompa» estalló sobre la roca…

—Cuando recobré el conocimiento, estaba completamente cubierto por una arena que se introducía por todos los poros de mi cuerpo. Tardé bastante tiempo en poder abrirme paso de aquella especie de sábana polvorienta que me ahogaba…; después, al lograr salir de allí, con los ojos tapados, medio asfixiado, deseando respirar un poco de aire puro, me encontré ante un espectáculo increíble—hizo una nueva pausa para tomar aliento—: La enorme roca bajo la que me había refugiado, estaba, en su mayor parte… ¡pulverizada!.., completamente desintegrada, como si hubiese caído sobre ella el peso de cien mil toneladas. Por pura casualidad, por un azar que no puedo comprender todavía, quedó sobre mi cabeza una lámina, de dos metros escasos de espesor, que me salvó

de ser pulverizado como el resto de la peña…

—¡Es horrible! —exclamó Richard sin poderse contener.

—Sí, amigo mío, es horrible, tremendo, como todo lo que es inesperado. Nosotros, que no podemos aludir en nuestro favor que no estemos acostumbrados a contemplar destrucciones masivas, no podemos, sin embargo, concebir algo que con esa horrible suavidad de las «pompas» pueda producir destrucciones tan formidables. No puedes imaginarte el aspecto que tenía la roca bajo la cual me cobijé. Parecía haber sido molida, triturada, reducida a un polvo tan fino, que mi sola respiración levantaba grandes cantidades de tierra.

Movía las manos, frotándose los dedos, como si estuviese palpando aquella terrible materia de la que hablaba.

—Los efectos de la explosión—prosiguió—no me abandonaron en muchas horas y caminé con vacilante paso, como un beodo, recorriendo grandes distancias sin notar necesidad alguna. Todo mi organismo estaba amodorrado, como si saliese de una profunda anestesia… Cuando tomé contacto con la realidad, sentí, con una fuerza enorme, el hambre y la sed que me corroían las entrañas. Después de buscar ansiosamente algo que llevarme a la boca, mastiqué algunas hierbas que me calmaron la sed más que la bebida. No puedo decirte cuanto tiempo dormí ni en qué sitios me detuve para hacerlo; vivía en una continua pesadilla, tremendamente alejado de la realidad.

Guardó de nuevo silencio, al tiempo que entornaba los ojos como si quisiese contemplar otra vez, con la imaginación, aquella alucinante situación.

Fué Richard quien rompió esta vez el silencio.

—¿Cómo llegaste aquí?

Una sonrisa repleta de tristeza apareció en el rostro de Timothy.

—No podría decírselo exactamente; recuerdo que, poco a poco, a pesar de la horrible alimentación a que estaba sometido, fui recobrando los espíritus, pero de todas formas, de una manera nebulosa, como si todo lo que me rodeaba estuviese impregnado de una especie de vapor que me impidiese ver las cosas con claridad. Sólo después, cuando he vuelto a pensar sobre ello, he podido llegar a la conclusión de que no se trataba de algo soñado, de alguna alucinación producida por el hambre o por la sed que me atenazaba en la garganta como un anillo de hierro… Lo que no puedo recordar, de manera alguna, es el momento en que tales cosas pasaron—levantó la mirada a la parte superior de la cabina, como si desease concentrar sus pensamientos y encontrar las justas palabras que necesitaba para describirlo—… Ahora recuerdo…, fué una mañana, cuando me despertó un extraño ruido que, de pronto, me pareció el tic-tac agrandado de mi cronógrafo. Pero pronto, al despertarme por completo, me di cuenta de que el sonido provenía de las profundidades de la cueva en que me había ocultado para dormir. He

de decirte que tal caverna tenía la parte superior abierta, con una larga fisura hasta muy adentro, de modo que la luz la iluminaba por completo. Aquella claridad me permitió ver lo que jamás hubiese deseado contemplar.

Se frotaba las manos nerviosamente como si los sucesos que relataba se estuviesen produciendo en aquel mismo instante.

—Entonces—prosiguió—vi surgir del fondo de la gruta una pareja de extraños seres que se parecían mucho a los comparsas de nuestra película. Pero aquí, amigo mío, la fantasía de nuestro modelista estaba superada cien por cien. Tenían…, tenían, sí, ahora recuerdo, una piel blanca, tremendamente blanca, de una extraordinaria palidez que les hacía parecer enfermos atacados de la más horrenda anemia o cadáveres que se moviesen por algún misterioso artilugio demoníaco.

—No sé—intervino Richard—si pudiste ver a los que raptaron a la señorita Martha…

—¡Claro que los vi! —exclamó Timothy—. Eran lo más parecido a los comparsas que iban a interpretar el papel de los «Hipogeos». De tal forma eran iguales, que, de momento, creí que se trataba de una absurda broma de algunos de los muchachos a quien la belleza de la protagonista y el calor y la arena habían trastornado—hizo una pausa—. Ya sé lo que quieres decirme y voy a contestarte enseguida. Sí, Richard; los seres que vi en la gruta eran idénticos a los que raptaron a la muchacha: los mismos cuerpos esqueléticos, el mismo color blancuzco, aquellas espeluznantes antenas…—miró fijamente a su amigo—. ¿Sabes lo que producía aquel sonido monorrítmico?.. ¡Eran las antenas! Aquella especie de lombrices blancuzcas que se movían incesantemente y vibraban como si hubieran estado sometidas a una corriente eléctrica. Yo no puedo imaginarme, exactamente, para qué sirven esos extraños órganos. Lo que hice, ya puedes imaginártelo: corrí como un desesperado, y estoy seguro —sonrió—que si me hubieran cronometrado la velocidad, hubiesen visto que acababa de ganar un puñado de campeonatos.

Su buen humor renacía atravesando la espesa bruma mental de angustia que le había dominado hasta entonces. Volvía a ser el mismo Timothy de siempre y Richard agradeció sinceramente al Cielo que le hubiese deparado la maravillosa suerte de encontrarse otra vez junto a aquel amigo cuya compañía le era tan necesaria.

—Estoy muy contento de haberte encontrado —expresó, dando salida al gozo interno que le producía la presencia de su amigo.

Timothy se levantó, y dando una amistosa palmada en la espalda del otro:

—¿Qué piensas hacer ahora? —inquirió.

—Buscar a Martha se encuentre dónde se encuentre. No cejaré hasta arrancarla de las manos de esos monstruos.

Timothy enarcó las cejas con un gesto de incredulidad.

—¿Estás loco? Ni con un gran ejército lograrías atacar a esos horribles seres; para vencerlos tendrías que hacer saltar todas sus cuevas, todo su tremendo laberinto, con la consiguiente desaparición de la muchacha.

Richard se había puesto terriblemente serio. Se sentía íntimamente decepcionado, pues se percataba de que no podía contar con su amigo. Timothy tenía toda la razón si deseaba alejarse de aquellas peligrosas regiones.

—¡Estoy adivinando lo que piensas! —dijo repentinamente Timothy —. Veo que, como siempre, no eres más que un romántico, un don Quijote del siglo XXXI, con los mismos defectos del que soñó Cervantes en la Antigüedad. Te acompañaré, aunque considero que tu idea es una completa locura, pero si está escrito que debo dejar la piel en estos terrenos, al menos nadie me culpará de no haber ayudado a un amigo.

Si estrecharon las manos y Richard, que no habla olvidado la falta de descanso de su amigo, le invitó a que se echase en una de las cómodas «chaises-longues» de «panteidos», sobre la que Timothy tardó muy poco en quedarse profundamente dormido.

Contemplando, con un ojo distraído, a su compañero, Richard pasó el resto de la noche vigilando constantemente las pantallas de televisión, que había dejado funcionando. Al mismo tiempo, su imaginación iba forjando los planes que le llevarían a salvar a la mujer por la que seguía sintiendo una fuerte pasión.

Al amanecer, cuando ambos hubieron desayunado con una buena dosis de «bio-estimulantes», procedieron a montar un rápido plan de campaña que les facilitara la peligrosa labor que se disponen a realizar.

Richard arguyó la conveniencia de trasladarse por medio de los helicópteros individuales que había adquirido en América.

—Dadas las distancias que tenemos que atravesar—dijo a su compañero—lo mejor será movernos lo más rápidamente posible, ya que así también podríamos escapar a la amenaza de los «Hipogeos» si éstos nos atacasen.

Después de proveerse de alimentos y municiones para sus respectivos «rifles-reactores», los dos amigos se ajustaron los correajes de sus autogiros personales—aparatos que habían recibido el nombre de «autokine»—y tras cerrar automáticamente la «esfera», se alejaron, en vuelo rápido, hacia la región en la que se había producido el ataque de los «Hipogeos».

Durante todo el día recorrieron una amplia extensión del espacio sin poder localizar nada que revelase el menor interés. Finalmente, al anochecer, y en vista de que no habían conseguido una orientación que les facilitase su búsqueda, descendieron a tierra, posándose sobre unas rocas que emergían sobre la superficie de fina arena que reinaba por

doquier.

—¡No comprendo nada! —exclamó Richard risiblemente indignado —. La monotonía de estas tierra es tan grande, que todos los lugares se parecen como dos gotas de agua.

—Es mucho peor que cualquier desierto, por estéril que sea— comentó Timothy.

Fumaron un cigarrillo, permaneciendo en silencio mientras se entregaban a una meditación profunda que no tenía otro objetivo que el encontrar una salida a aquella situación intolerable.

Timothy, que tenía los ojos entornados, se asombró sí mismo al ver algo, frente a él, que no le era completamente desconocido. Observando con más atención, fué descubriendo detalles que le demostraban que no era la primera vez que había estado por allí.

—¡Richard! —llamó visiblemente emocionado.

El interpelado volvió prestamente la cabeza hacia él, a tiempo que preparaba su rifle.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—¡Aquí es donde estuve aquella noche en que vi I los «Hipogeos»!

—¿Estás seguro?

—¡Completamente! ¡Mira! —añadió señalando a una oquedad que había frente al lugar en que estaba sentado—aquella es la entrada de la cueva donde pasé la noche. ¿No ves esa grieta en la parte superior? Es la fisura que ilumina gran parte de la galería.

Richard se había incorporado rápidamente dispuesto a penetrar allí.

Dando un salto, Timothy le retuvo, sujetándolo por un brazo.

—¡Ahora no, amigo mío! Esperaremos a que se haga de día. Así podremos adentrarnos con mayor seguridad.

—¡Llevo mi lámpara! —insistió Richard.

—No importa. Esos monstruos, según parece, no pueden defenderse de día como lo harían por la noche. Además, con la lámpara llamaríamos la atención y antes de que pudiésemos percatarnos, nos tirarían una de sus «pompas», destruyéndonos sin que pudiéramos hacer nada para evitarlo.

Richard se rindió a la evidencia, comprendiendo que su amigo tenía razón.

Pasaron el resto de la noche estableciendo un turno de vigilancia mientras el otro dormía procurando recuperar fuerzas de forma a estar preparados para las eventualidades que encontrarían al día siguiente. Sin embargo, ninguno de los dos logró disfrutar de un sueño continuo, permaneciendo la mayoría del tiempo con los ojos abiertos contemplando la tintilante luz de las estrellas.

A la mañana siguiente se prepararon pare la gran aventura, debiendo Timothy retener a su impaciente amigo, que no deseaba otra cosa que penetrar cuanto antes en el interior de la gruta. Finalmente, se

introdujeron por la entrada, observando, tal como había dicho Timothy, que la galería estaba intensamente iluminada en una nótale longitud de su recorrido.

Con las armas preparadas y los índices apoyados resueltamente sobre los gatillos, los dos hombres avanzaron decididamente, descendiendo hacia la misteriosa profundidad de la cueva. Un silencio impresionante reinaba allí, siendo solamente roto por el ruido que las gruesas botas de los dos hacían al aplastar algún grano de roca que se pulverizaba a su paso con un seco chasquido.

Muy pronto dejaron atrás la luminosidad de la ranura, que había acabado por cerrarse completamente. La oscuridad fué haciéndose cada vez más intensa y muy pronto Richard hubo de encender su linterna, con la precaución de disminuir lo más posible el rayo luminoso para evitar que constituyese un punto vulnerable para su seguridad.

Siguieron descendiendo, apercibiéndose de que la temperatura iba elevándose gradualmente, lo que significaba que el descenso era bastante rápido.

Fué gracias a una observación de Timothy que Richard apagó bruscamente su linterna. Los agudos ojos del otro habían descubierto, por encima del hombro de su compañero, una lejana luminosidad.

—¡Alto! —exclamó del oído de Richard—. ¡Mira allí!

Siguieron avanzando lentamente, con las armas preparadas, hacia la luminosidad que seguía viéndose al fondo de la galería. No tardaron en darse cuenta que aquella luz provenía de un pequeño recipiente que pendía del muro tallado en roca.

—Debemos estar muy cerca de la guarida de los «Hipogeos»— murmuró Richard.

—Así es—asintió el otro.

Repentinamente…

Tres altas figuras, con un escandaloso batir de antenas, se precipitaron sobre ellos.

Habían surgido de una oscura boca que había pasado desapercibida para los dos hombres. Y antes de que se diesen cuenta los tuvieron ante ellos, con aquel ruido alucinante que producía escalofríos.

Richard fué el que disparó primero…

ATAQUE

LOS pastores de Alepo esperaron inútilmente el regreso de sus compañeros. Cuando la impaciencia les dominó, partieron, en un grupo de ocho autogiros, recorriendo una enorme extensión de terreno sin poder hallar ni una sola huella que les mostrase el paso de sus otros camaradas.

No obstante, examinaron con cierto detenimiento una amplia faja de tierra movida que mostraba, evidentemente, el camino que habían seguido los animales desaparecidos de Alepo.

Mientras cuatro de los aparatos se quedaban en el aire para proteger y vigilar la maniobra del resto de los hombres, éstos siguieron las huellas del rebaño que finalizaban a la entrada de una enorme cueva.

Por mucho que hicieron para penetrar en el interior, no lo lograron, ya que los primeros que osaron hacerlo se convirtieron en los espantosos muñecos carbonizados por los efectos de las burbujas que les lanzaban desde el interior.

Alocados, los otros huyeron velozmente hacia los helicópteros, alejándose de allí a toda velocidad de sus motores.

Nada más llegar a Alepo, una comisión especial de pastores subió a bordo de la «núcleo-esfera» que hacía el servicio diario entre aquel lugar y El Cairo, punto en el que residía la jefatura de la gran empresa comercial que se dedicaba a suministrar carne a las grandes, industrias europeas de «bio-estimulantes».

El Consejo de Administración de la «S. G. S. G.6» juzgó de extrema gravedad el asunto que la comisión de pastores le comunicaba. Inmediatamente se mantuvieron conversaciones televisadas con los grandes magnates que residían en Europa. Estos se pusieron en rápido contacto con diversos Departamentos de la Autoridad Occidental Europea.

Esta vez los «ALPHAS», que asesoraban al gobierno, no pudieron eludir aquel problema como lo habían hecho sus compañeros de América.

Esta vez, el interés económico estaba por medio y su voz era mucho más sonora e importante que la del director cinematográfico Richard Am-BETHA.

La Autoridad Occidental Europea tomó cartas en el asunto, disponiendo que un equipo del Ejército Aéreo, dotado de todas las armas

modernas, se dirigiese velozmente a la región en la que se habían producido los acontecimientos que estaban contenidos en los informes enviados por la «S. G. S. G.».

El V Grupo Aéreo de «núcleo-esferas» de bombardeo, seguidos de una veintena de esferas de transporte, abarrotadas de tropas, aterrizó en las cercanías de la entrada de la cueva en la que se había producido la última agresión de los «Hipogeos».

Mientras las tropas de Infantería se desplegaban, armados los soldados con «rifles-reactores», las «núcleo-esferas» de bombardeo sobrevolaban la región, dispuestas a repeler cualquier agresión que se produjese.

El comandante Reymond, un hombre que había llegado, por sus propios medios, de la ínfima clase de los «OMEGAS» a los «BETHAS», encargados de la dirección del Ejército, mandaba aquel grupo de Asalto, yendo a la cabeza de sus hombres.

Estaba seguro de que vencería fácilmente a aquellos enemigos que consideraba como un grupo de salvajes o de bandoleros ocultos entre las rocas de aquella desértica región.

Antes de proceder al ataque, situó algunas baterías de cañones cuyos proyectiles consistían en minúsculas bombas de cadmio que, al desintegrarse, producían temperaturas cercanas a los 10.000 grados.

La primera patrulla, dirigida personalmente por el comandante Reymond, se acercó decididamente a la entrada de la gruta, cuyo interior estaba siendo iluminado por unos poderosos reflectores de hidrógeno situados sobre los vehículos que habían quedado, junto a la artillería, en las lomas vecinas.

Fué entonces cuando empezaron a brotar del interior de la gruta una enorme cantidad de «pompas», que parecían unidas, esta vez, por unos finos hilos de color plateado. En realidad, el comandante Reymond se percató enseguida de que se trataba de una especie de red entre cuyas mallas estaban sujetas las coloreadas burbujas.

El todo formaba como un colosal muro que cubriese completamente la entrada de la cueva y, cosa curiosa, que se inclinaba hacia atrás formando una especie de visera que constituía algo que semejaba a un techo.

Reymond perdió inmediatamente la paciencia.

—¡Fuego!

Infantes y cañones dispararon al unísono contra el objetivo. De los fusiles brotaron los cohetes ígneos que surcaban el espacio como chispas candentes: los proyectiles de los cañones parecían desgarrar el aire y la brutal temperatura que alcanzaban les rodeaba de un vapor humeante, al tiempo que desprendían una claridad cegadora.

Para Reymond, la lucha iba a terminar dentro de pocos instantes. La masa de fuego que se estaba volcando sobre la entrada de la cueva, era

capaz de disolverla y convertir aquellas rocas en un polvo impalpable.

Pero el asombro y el terror se mezclaron en el cerebro del comandante cuando vio, con los ojos desorbitados, cómo los proyectiles de todas clases al chocar contra la red de burbujas que habían salido de la gruta rebotaban como pelotas de tenis, cayendo sobre las tropas que estaban en la proximidad.

Rojo de cólera, Reymond se apoderó del televisor portátil, que llevaba colgado al cuello, ordenando a las «núcleo-esferas», que permanecían inmóviles en el aire, para que procediesen a un inmediato bombardeo con bombas de cadmio.

—¡Voy a hacer retirar mis tropas para que puedan bombardear tranquilamente! ¡Quiero que me reduzcan esas grutas a pedazos!

Ordenó que la Infantería regresase junto a los cañones para que no recibiese los impactos del bombardeo, comunicando seguidamente la orden de iniciar el ataque a las esferas que se estaban aproximando velozmente a la tierra.

¡Ahora sí que los vencería!

Ningún arma, hasta entonces, podía superar la potencia destructora de las bombas de cadmio. Cien veces más potente que la de cobalto, utilizado durante todos los conflictos del siglo XXV, las de uranio e hidrógeno no habían sido más que esbozos de lo que luego fueron las armas nucleares. Pero la cualidad más importante de las bombas de cadmio residía en que su explosión se hacía en el sistema de profundidad, con lo que se conseguía una profunda perforación que, después, reventaba en el interior de la tierra removiéndola intensamente y destruyendo completamente todo lo que podía ocultarse en ella.

La bomba de cadmio se había construido para alcanzar y destruir los refugios que, a partir de las guerras de la Era Atómica, se habían hecho a gran profundidad, para evitar los terribles efectos de aquellas armas.

Con su aparato de televisión, conectado a la centralilla que llevaba encima uno de los vehículos-orugas, Reymond vigilaba detenidamente la entrada de la cueva. No le extrañó, en absoluto, ver surgir una serie de redes, en todo semejante a la primera, que, flotando dulcemente, se iban situando sobre la tierra como nubes que relucían por efecto de las irisaciones que desprendían las «pompas».

—¡Ya podéis colocar todas las redes que queráis! —exclamó Reymond entre dientes—. ¡Tengo ganas de ver vuestros trozos por el aire para saber qué clase de bichos raros sois! —luego, acercando los labios al micrófono que estaba situado debajo de la pantalla televisora de su aparato—: ¡INICIEN EL BOMBARDEO! —gritó.

El silbido de las bombas, que descendían de las «núcleo-esferas», dominó completamente todos los sonidos que se producían. Los soldados se lanzaron boca abajo, protegiéndose la cabeza con los cascos.

Una serie de horrendas explosiones, que parecieron hacer vacilar la

Tierra entera, conmovieron el espacio. La vibración del aire se hizo tan intensa, que los vehículos y los cañones fueron arrastrados por aquella especie de fabuloso vendaval que levantaba las toneladas de acero como si fuesen débiles montones de paja.

El brusco sonido de las explosiones ensordeció a la mayoría de los hombres, produciéndoles la sensación de que sus cabezas estallaran.

Reymond, venciendo la desagradable sensación de angustia que le dominaba, levantó la cabeza para percatarse de los resultados del bombardeo.

Una densa humareda cubría todo y hubo de esperar a que el humo se fuese disipando para darse cuenta de la espantosa derrota que habían sufrido sus huestes.

¡LAS «NUCLEO-ESFERAS» DE BOMBARDEO HABIAN DESAPARECIDO!

Poco tiempo le quedó al comandante para explicarse lo que se había producido. Comprendió, no obstante, que las bombas de cadmio habían estallado sobre aquellas misteriosas redes, invirtiendo el sentido de su explosión que alcanzó a los aparatos desintegrándolos en el aire.

Su desesperación no llegó a manifestarse, tal y como él quería.

Un grito de horror brotaba de las gargantas de los soldados, cuyas aterrorizadas miradas estaban clavadas en la salida de la gruta.

Cientos de extraños seres, de cuyas manos parecían salir aquellas espantosas burbujas, avanzaban hacia ellos.

Los gritos y las órdenes que lanzaba el comandante Reymond no surgieron efecto alguno en aquellas tropas ganadas completamente por el pánico.

La lucha fué muy breve.

Unas horas más tarde, cuando los «Hipogeos» se retiraron del campo de batalla, sus manos se introducían por debajo de la transparente campana que llevaban sobre los hombros, pasando a sus pálidas bocas los trozos de los hombres carbonizados que llevaban atados a la cintura como espeluznantes trofeos de guerra.

* * *

—¡Sube a mi trono! —volvió a ordenar el jefe de los «Hipogeos».

Martha tuvo un estremecimiento y sintió que sus piernas vacilaron como si repentinamente fuesen incapaces de sostenerla. Hasta entonces, había tenido una vaga esperanza de escapar a aquel espantoso destino. Pero, ahora, cuando lo irremediable llegaba, sentía toda la angustia de un destino que, sinceramente, no creía merecer. Cegada por el pánico, echó una rápida ojeada en derredor deseando descubrir algún arma, en el cinturón de los «Hipogeos» que la rodeaban, para evitar, quitándose la vida, la terrible afrenta que iba a sufrir.

«El que está en contacto con Allah» movía insistentemente las antenas demostrando la impaciencia que le consumía.

—No tengas miedo—dijo con voz ronca en la que se notaba un esfuerzo de voluntad para dominar la cólera que empezaba a apoderarse de él. Luego, más dulcemente, siguió hablando—: Siento los latidos de tu corazón y leo, en su precipitado movimiento, que temes algo. Mis antenas pueden percibir muchas más cosas de las que te imaginas. El cruel destino que nos cegó, no fué tan duro como para aislarnos definitivamente del mundo exterior. Nuestras antenas, únicos órganos de percepción, además de los oídos, son capaces de recibir olores y toda una gama de vibraciones que nos proporcionan una imagen muy completa de lo que nos rodea. De esta manera, yo puedo «ver» todos los movimientos que haces y hasta tus gestos, sin poder, sin embargo, poseer una imagen real de tal y como te vería si tuviese ojos. Pero además, puedo percibir parte de los sentimientos que de ti brotan, y ahora, por ejemplo, me proporciona una terrible tristeza saber que tienes miedo. Yo…

No pudo decir más. Una algarada enorme surgió de una de las galerías que desembocaban en aquella gran gruta. Instantes después, y abriéndose paso brutalmente, un crecido número de excitados «Hipogeos» llegó hasta las cercanías del trono.

La joven volvió a oír aquella extraña lengua que parecía la habitual entre aquellos seres. Los «Hipogeos» que acababan de llegar parecían muy encolerizados y las palabras salían de sus pálidas bocas a borbotones.

El «Dueño» levantó la diestra para imponer silencio y una vez que lo hubo logrado habló, él también, con una excitación creciente. Algo debió decir al final para que los «Hipogeos» qu6 habían llegado últimamente saliesen murmurando entre ellos.

Entonces, «El que está en contacto con Allah» se tornó hacia la muchacha, mientras una forzada sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Nuestra unión ha de retardar. No sabes lo que lamento que asuntos de gran gravedad prolonguen mi ya impaciente espera. Los hombres están atacando el Laberinto de los «Hipogeos»…—sus antenas se movieron velocísimamente—. No sonrías, pues nada puede aplastar ni destruir a nuestra raza—su rostro había adquirido un gesto de crueldad diabólica—. Si esperas algo de los hombres, estás equivocada. Dentro de muy poco tiempo serás mi esposa y nadie podrá separarme de ti.

Se incorporó de su trono y entonces Martha pudo darse cuenta de la extrema vejez de aquel ser. Dos «Hipogeos» corrieron al lado del «Dueño» para sostener su vacilante paso.

De pie, en la posición que había tomado, era mucho más repugnante si la sensación que hizo en un principio a Martha hubiese podido aumentar.

Sus encorvadas y flacas piernas, en las que los huesos sobresalían brutalmente como si estuviesen a punto de atravesar la blancuzca y arrugada piel que los cubría apenas, daban a aquel cuerpo el aspecto de un cadáver que acabase de ser desenterrado.

Cuando el «Dueño», apoyado en los sólidos brazos de los otros dos «Hipogeos», llegó a la proximidad de la muchacha, ésta retrocedió inconscientemente algunos pasos.

El viejo emitió una risa que se mezcló con una tos asmática.

—¡Je, je!.. Mis pobres pulmones se conduelen de esta terrible humedad subterránea a la que no han podido acostumbrarse todavía nuestros cuerpos. Por eso tenemos que salir de aquí, para que el sol curta nuestras pieles, que la luz empiece a quemar nuestras pupilas ciegas hasta que el milagro de la luz se haga en las generaciones futuras.

Deshaciéndose bruscamente de uno de los que le sujetaban, liberó el brazo derecho levantándolo por encima de la campana transparente que cubría su cabeza. Sus antenas, en un esfuerzo supremo, se irguieron rectas apuntando al techo de la gruta.

—¡Hijos de la noche! Vuestro jefe os promete liberaros de la esclavitud horrenda a la que nos condenó la maldad de todos los hombres. Estamos pagando una culpa que no fué jamás nuestra y hemos luchado, siglo tras siglo, con la esperanza de que este momento maravilloso llegase. Los hombres están atacando nuestro laberinto…, pero nada podrán contra la potencia de nuestro gas azul y su civilización ficticia caerá bajo el poder de nuestras armas. ¡Nuestros serán los campos luminosos de la Tierra! ¡Nuestros serán los mares, los cielos y las islas! ¡Que Allah nos proteja!

La pronunciación de la última frase había sido hecha en la lengua que aquellos seres utilizaban para expresarse y Martha, venciendo el horror de todo lo que estaba oyendo, comprendió finalmente que el lenguaje habitual de los «Hipogeos» era el árabe.

Escoltada por dos parejas, una de las cuales la sujetaba por los brazos, la muchacha fue conducida de nuevo a la celda que, en un principio, le habían destinado.

Al quedarse sola, Martha dejó rienda suelta a un llanto que calmó sus destrozados nervios. Luego, mientras se dejaba caer sobre el blanco lecho arenoso que formaba el suelo de la gruta, pensó, con una cierta nostalgia, en todo lo que había sido su vida hasta el momento en que fué raptada por aquellos espantosos monstruos.

Por vez primera, la imagen de Richard se recortó en su imaginación con una nitidez que la asombró íntimamente. Se percató entonces de que aquel dinámico joven había impresionado su espíritu mucho más profundamente que ella lo hubiese creído. Entornando los ojos, sonrió sin abandonar el recuerdo del joven.

Hubiese dado ahora mucho por haber podido comunicarse con él.

A través del horizonte reducido del orificio que coronaba la cúpula pétrea de su celda, llególe un estruendo formidable que la hizo estremecerse. Era como un lejano trueno que anunciase una colosal tormenta. Ella lo escuchó temblando, cobijándose en uno de los rincones de la cueva, como si temiese que toda la masa de rocas que había por encima de ella fuese a derrumbarse de un momento a otro.

Los días que siguieron estuvieron repletos de tristeza para la joven. No obstante, fué durante uno de ellos cuando descubrió, en una de las paredes, una roca que parecía moverse. El lograr moverla un poco le costó muchas horas de trabajo en la que sus manos se cubrieron de heridas y de sangre. Pero, para ella, aquella posibilidad, por pequeña que fuese, podía convertirse en una salida hacia la maravillosa luz del sol.

No pudo contener un grito de alegría cuando, después de lograr separar la piedra, vió que la galería que se abría ante ella, de techo muy alto, estaba iluminada por la luz que penetraba por una serie de orificios naturales que poseía el techo.

Armándose de valor, Martha se lanzó decididamente a la exploración de aquella nueva galería, sintiendo la emoción que le proporcionaba la esperanza de que aquel pasadizo la condujese a la deseada libertad.

Caminó, cautelosamente, durante más de dos horas. La luz que descendía desde el techo iba disminuyendo de intensidad porque los orificios en la roca se hacían cada vez más pequeños y espaciados. A medida que las tinieblas la iban rodeando, Martha sentía el ala del miedo que con su invisible roce le hacía estremecerse.

Por ello, cuando sintió un raro contacto en la oscuridad, algo terriblemente frío y viscoso que la rozaba el brazo, se detuvo, sin respirar, mientras sentía el martilleo atroz que su corazón producía en su pecho.

Se mantuvo inmóvil, sin atreverse a hacer el menor movimiento, cerrando instintivamente los puños como si se aprestase a defenderse del nuevo peligro que presentía.

Hubo un silencio y una quietud que parecían estar concordes con las tinieblas de aquel lugar.

¡Alguien le había tocado otra vez!

Sintió el mismo roce frío y vistoso que antes. Pero, ahora, el hecho se había producido a más altura que la primera vez y el contacto con aquella repugnante e invisible sustancia se había producido entre sus cabellos y el cuello.

No pudo resistir más.

Lanzando un grito de terror, giró sobre sus talones y salió corriendo por la galería con la esperanza de llegar a su celda y poder colocar la roca que se prometió no volver a tocar más.

Pero los pasos que la seguían segaron todas sus esperanzas. Los

sentía cada vez más próximos, más numerosos, como si el número de sus perseguidores estuviese aumentando constantemente.

No pudo explicarse jamás cómo atravesó la abertura que comunicaba con su celda. Lo que ocurrió, después de encontrarse al otro lado de la galería, caída en el suelo y disponiéndose a empujar la piedra que servía de puerta, constituyó una especie de pesadilla horrible.

Por el orificio que acababa de atravesar surgieron, uno tras otro, extraños seres, cuya presencia arrancó de la garganta de la joven otro grito de horror.

Indudablemente eran «Hipogeos», pero algo les faltaba que les hacía completamente distintos a los que había visto hasta entonces la joven.

¡AQUELLOS «HIPOGEOS» CARECÍAN DE ANTENAS!

Se veía claramente que les habían sido cortadas, ya que, por encima de los cráneos pelados, se observaban unos tallos minúsculos de los que brotaba un líquido rosado que caía coagulándose sobre los rostros.

¡SANGRE!

Una sangre anémica, correspondiendo a un método de vida terriblemente pobre, sin haber recibido jamás el menor rayo de sol. Una sangre tan débil como aquellos esqueléticos cuerpos que se movían lentamente hacia ella.

—¡Atrás! —gritó en inglés, sin saber lo que decía, como si aquellos seres pudieran comprenderla.

Su sorpresa fué enorme cuando uno de ellos se detuvo de repente. Estaba muy cerca de la joven, inclinado hacia ella y con el rostro cubierto de las costras negruzcas que iba formando la sangre que manaba sin cesar de los muñones de las antenas.

—¡Es una mujer! —gritó en aquel lenguaje anticuado en el que hablaban todos los «Hipogeos». Luego, bajando la voz—. Somos los prisioneros del «Dueño». Como castigo nos han cortado las antenas, abandonándonos en las regiones más hondas y más terribles del Laberinto. Llevamos mucho tiempo aquí; mucho tiempo sin beber, mucho tiempo sin comer más que los restos de los cadáveres de los que van desangrando. Porque nuestras antenas no paran de verter nuestra sangre hasta la muerte—se volvió hacia los otros que se habían detenido al oírle hablar—. ¡Es nuestra! ¡Comida nueva para nuestros cuerpos!

Como bestias feroces, rugiendo roncamente, se abalanzaron sobre ella.

SE HUNDE EL LABERINTO

LOS disparos de los «rifles-reactores» de los dos amigos cayeron sobre los cuerpos de los atacantes, haciéndoles aullar de dolor. Sus cuerpos, abrasados por los cohetes, que llegaron a ellos a una enorme temperatura, desprendieron un humo cuyo olor era irrespirable.

Uno tras otro, los «Hipogeos» cayeron para no levantarse más.

Movidos por la curiosidad, los hombres se acercaron a los cadáveres de sus enemigos. Richard los contempló con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¡Me parece estar viendo los comparsas que creó el guionista para nuestra película! —exclamó.

—Fíjate bien y verás que sólo es aparente su parecido—Timothy invitó a su amigo a que se inclinase para poder observar mejor ciertos detalles de aquellos seres. Las terribles quemaduras que les habían producido los proyectiles de los «rifles-reactores» les hacían difícilmente observarles.

—¡Mira! —gritó Richard—. Yo creía, al principio, que llevaban una caperuza de cristal en forma de campana sobre la cabeza.

Ahora se podía ver perfectamente que no había tal campana. Al llegar la muerte, aquella superficie transparente que cubría la cabeza de los «Hipogeos», se arrugó demostrando su naturaleza viva.

Audazmente, Timothy, valiéndose de un pequeño cuchillo, rasgó la del «Hipogeo», que estaban observando.

—¡Es una piel!

En efecto, se veía claramente que, comenzando a la altura de las clavículas, brotaba un repliegue dérmico que junto al tórax era completamente opaco, pero que iba haciéndose traslúcido a medida que ascendía hacia el rostro hasta convertirse en una capa transparente que acababa cerrándose sobre la cabeza.

—Ahora parece que comprendo la utilidad de esta bolsa de piel—dijo Richard—. Debe ser para evitar que los pulmones de esos hombres, o lo que sean, no se carguen de partículas de sílice que deben abundar en las galerías. Además—prosiguió—, esta capa de fina piel debe calentar el aire cuando éste la atraviese. ¿No ves esas líneas azules tan delgadas?

—¿Venas?

—En efecto, son venas, lo que demuestra que se trata de una piel

viva que se ha desarrollado en esos organismos para compensar las dificultades respiratorias en un ambiente cerrado y que, sin embargo, por la naturaleza de las rocas que lo forman, debe ser extraordinariamente frío.

Richard seguía observando detalladamente a aquel «Hipogeo», mientras sentía que un sudor frío le perlaba la frente. Aquellos seres poseían un aspecto terriblemente repugnante.

—Date cuenta, Timothy—dijo—, que cualquier modificación de la naturaleza humana que se aleje de los módulos de la creación no produce más que monstruos; criaturas de repugnante aspecto y que, moralmente, deben ser enormemente desdichados.

—No he leído en parte alguna—repuso Timothy—nada que se refiera a individuos como éste. ¿De dónde demonios habrán venido?

—De ninguna parte. Son hombres como nosotros que han debido, por alguna causa, encerrarse profundamente bajo la tierra…—hizo una pausa mientras su rostro se tornaba súbitamente serio y su entrecejo se fruncía—. ¡Ya recuerdo! ¡Ahora me explico todo! Estos desdichados debieron ser los habitantes que no sucumbieron a los terribles bombardeos de la última guerra—su voz se excitaba a medida de que iba explicándose—. Recordarás que se hicieron en la antigua Turquía, en las postrimerías del último conflicto, unos formidables refugios contra los bombardeos nucleares. Estos «Hipogeos» deben ser los desdichados ocupantes de aquellos colosales refugios. Más de quinientos años han sido suficientes para modificar su estructura orgánica y convertirlos en estas crueles caricaturas humanas. Sin luz, a muchos metros bajo tierra, en estos Laberintos rocosos que la mano del hombre arregló para proteger a las poblaciones civiles contra las armas nucleares, se vieron cerrados, sin atreverse a salir, porque la radioactividad que flotaba fuera les hubiera matado instantáneamente…

—¿Y cómo se alimentaron? —inquirió Timothy que estaba pendiente de las palabras de su amigo.

—Eso es un misterio para nosotros… todavía. Al principio debieron consumir las reservas de víveres que naturalmente había en los refugios. Luego…

Señaló el esquelético cuerpo del «Hipogeo» que yacía a sus pies. Era una palpable prueba, una indiscutible demostración de que los alimentos no habían sido abundantes para los «Hipogeos» en ninguna época de su Historia.

Richard consideró agotadas las posibilidades de observación sobre los restos de sus enemigos. Además, la necesidad de encontrar cuanto antes a Martha, apareció en su conciencia como la cuestión más interesante y de mayor urgencia que debía emprender.

—Debemos seguir avanzando. ¿No te parece, Timothy? Ya acabamos de ver que nuestras armas no son tan malas ante los «Hipogeos». Creo

que, en combate cuerpo a cuerpo, no pueden disparar sus malditas pompas en colores.

Timothy no pudo evitar de lanzar una dudosa mirada hacia el fondo de la galería. La aventura que iban a emprender no le gustaba nada; sin embargo, no podía dejar solo a Richard.

Siguieron descendiendo, con todos los sentidos al acecho para evitar cualquier desagradable sorpresa. La iluminación seguía ofreciéndoles una orientación que no era de despreciar.

Inopinadamente, un espantoso trueno hizo temblar la galería por la que avanzaban. Gruesos trozos de roca empezaron a desprenderse del techo.

—¡Cuidado! —gritó Timothy.

Se pegaron a la pared, protegiéndose de la mejor manera posible contra la lluvia pétrea que seguía cayendo. A medida que el eco repetía el horrendo estruendo de la explosión, los desprendimientos se hacían más abundantes y continuados.

La vacilante luz de las paredes seguía brillando, aunque en muchos sitios había desaparecido. Una especie de temblor espasmódico seguía haciendo vibrar los muros de la galería.

De repente, los ojos de Richard, que estaban clavados en el techo bajo el que estaban, sorprendieron la formación de una enorme grieta de forma circular que se generalizaba y profundizaba rápidamente.

—¡Corre hacia allá, Timothy! —gritó.

Acompañó el aviso con un violento tirón de la manga de su compañero, haciendo que le siguiese en una loca carrera. Inmediatamente, un enorme trozo de techo se derrumbó tras ellos, en el lugar exacto en que estaban instantes antes. La lluvia de rocas se generalizó y sus cuerpos sintieron el dolor de los golpes que les propinaban los trozos que caían sobre ellos.

Una atmósfera irrespirable llenó la galería de una capa de polvo y sílice. La oscuridad era completa y los dos hombres siguieron corriendo, a ciegas, con las manos extendidas hacia adelante, los rostros ensangrentados y un lancinante dolor por todo el cuerpo.

Repentinamente, sintiéronse empujados por una masa terrosa que había surgido de una de las paredes como una cascada sólida. Envueltos por ella, medio asfixiados, fueron dando vueltas y sintiendo que caían por una rampa que no parecía tener fin. Luego, cuando sus organismos no pudieron resistir aquella vertiginosa caída, faltos de respiración y cegados por la arena, perdieron el conocimiento.

Timothy fué el primero en tomar contacto con la realidad. Con un esfuerzo sobrehumano, logró ir desprendiéndose de la espesa capa de arena que le cubría. Cada vez que respiraba se sentía ahogar por el polvo terroso que le penetraba en la boca y en la nariz. Finalmente, consiguió aflorar a la superficie.

Una fatiga horrible, que se subrayaba un generalizado dolor por todo el cuerpo, le obligó a permanecer inmóvil, largo tiempo, respirando quejosamente e intentando quitar de sus párpados la enorme cantidad de tierra que se había pegado a ellos.

Casi inmediatamente recordó que Richard debía estar enterrado como él y que era necesario acudir rápidamente en su ayuda. A gatas, fué introduciendo el brazo derecho, hasta la axila, para intentar encontrar el cuerpo de su compañero. Muchas veces se equivocó cuando sus dedos tocaban con algún objeto duro que luego resultaba ser una roca más de la enorme cantidad que yacía allí enterrada. Por último, completamente desesperado, sentóse sobre la arena sintiendo que las lágrimas brotaban dulcemente de sus ojos.

—¡Timothy!

Levantó la cabeza con más velocidad que si la terrible explosión, cuyos efectos acababa de sufrir, se hubiese repetido…

—¡Timothy!

¡Era la voz de Richard! De esto no había la menor duda. Loco de alegría, Timothy se levantó y dió unos pasos balanceándose como si estuviese ebrio.

—¡Richard!.. ¿Dónde estás?

Un silencio absoluto se había hecho en derredor de Timothy que sintió cómo la terrible angustia se apoderaba nuevamente de él.

Tuvo miedo; una espantosa sensación de terror que le produjo un temblor que agitaba su cuerpo como si padeciese un fulminante ataque de paludismo. Se daba cuenta de que la voz que había escuchado, o que había creído escuchar, fué el producto de una alucinación, el deseo de no encontrarse definitivamente solo, en aquello que debía ser, sin duda alguna, una tumba sin salida.

El llanto le subió nuevamente a los ojos; pero esta vez era un llanto producido por el terror; sus lágrimas expresaban el temor a la soledad y el angustioso miedo a la muerte.

—¡RICHARD!.. ¡RICHARD!.. ¡RICHARD!

Gritaba desesperadamente y mil ecos repetían aquel alarido infrahumano como si deseasen engrandecerlo o hacerlo llegar a los oídos del compañero que no respondía jamás.

Repentinamente…

Una carcajada sacudida e intermitente como un hipo brotó de su garganta. Una carcajada que resonó largo tiempo y que hubiese hecho estremecer a cualquier ser humano que la hubiese oído. Aquella extraña risa no acababa jamás y salía de la garganta de Timothy como una cascada potente y sin fin.

¡Había perdido la razón!

* * *

Richard fué mucho más afortunado en su caída. Al sentirse apresado por la arena que le rodeaba por todas partes, mantuvo, para proteger su cuerpo, los brazos extendidos y unidos por el «rifle-reactor», que sujetaba con las dos manos y formaba una especie de sencillo escudo.

Sintió que la arena le cegaba y cerró rápidamente los ojos para evitar que penetrase en sus párpados y que las partículas de sílice se incrustasen en su córnea y le dejasen ciego. Recibió muchos golpes durante la caída, pero tuvo la fortuna de descender escurriéndose sin dar ni una sola vuelta de campana.

Así, cuando finalmente se detuvo, recobró rápidamente el conocimiento que la falta de aire y, por lo tanto, la anemia cerebral le habían hecho desvanecerse.

Inmediatamente pensó en su compañero y después de recuperarse, para limpiarse la boca y los ojos, a los que se había adherido gran cantidad de polvo, se incorporó, disponiéndose a buscar a Timothy.

Por fortuna, recuperó la linterna que llevaba atada a la cintura y dando la luz iluminó lo que le rodeaba. El espectáculo no podía ser más impresionante. El caos que reinaba a su alrededor le producía la impresión de encontrarse en medio de lo que habría quedado después de un infernal terremoto.

Se encontraba en una enorme gruta, cuyas paredes estaban formadas por enormes montones de tierra y rocas que procedían de Dios sabía dónde. Todo aquel montón debía haber llegado allí por las bocas de las galerías que se habían derrumbado por efecto de la explosión.

Richard no se preocupaba en aquellos momentos de conocer el origen de aquella especie de movimiento sísmico que había estado a punto de acabar con su vida. Todos sus temores se dirigían hacia la persona de su compañero, y precedido por la blanca luz de la linterna de hidrógeno empezó a recorrer la amplia estancia subterránea donde se hallaba, con la esperanza de encontrar pronto a su compañero.

No tardó en percatarse de que si quería salir de allí, donde el cuerpo de Timothy no aparecía por parte alguna, tendría que ir subiendo, de uno en uno, a todos los montones de tierra para ver si alguno de ellos había dejado una pequeña abertura por donde comunicarse con otras grutas o pasadizos.

Tardó más de una hora en encontrar lo que buscaba. Sobre una de aquellas verdaderas montañas de tierra quedaba un espacio abierto que demostraba que la galería por la que se había precipitado aquel alud debía poseer unas dimensiones gigantescas.

Se encontraba ahora, después de haber caminado un tanto, ante un recodo que parecía no haber sufrido los efectos de la terrible conmoción y de donde partía un pasadizo, de mediana anchura, que, sin dudar, tomó al momento.

Fué entonces cuando llevaba una docena de minutos de marcha, al

pasar por una zona en la que una de las paredes estaba agrietada por la parte inferior, dejando una larga fisura que apenas tenía cuatro dedos de ancha, cuando el joven sintió la potente voz de su amigo que lo llamaba.

—¡RICHARD!., ¡RICHARD!.. ¡RICHARD!

Un estremecimiento de alegría le sacudió el cuerpo.

Iba a contestar, pero juzgó más práctico empezar a abrirse paso para llegar cuanto antes junto a su compañero. Dejando la lámpara encendida en el suelo, comenzó a golpear, con fa metálica culata del «rifle-reactor», los bordes de la fisura con la intención de engrandecerla para poder pasar su cuerpo.

Pronto hubo de percatarse de la imposibilidad de realizar lo que se proponía. Los labios de la grieta desprendieron un poco de sílice. Pero la dureza de la roca no cedía a pesar de los fuertes golpes que Richard propinaba sobre ella.

—Voy a darle una voz para que se acerque hasta aquí—dijo en voz alta el joven.

La tremenda carcajada de Timothy le hizo estremecerse de terror. Apretó los puños hasta hacerse sangre en las palmas de las manos en las que se cavó profundamente las uñas. La carcajada estridente que salía de la enloquecida garganta de Timothy le producía un daño espantoso.

Cogiendo la linterna, corrió por la galería en busca de alguna oquedad por la que pudiera comunicarse con su desdichado camarada. Pero, no encontrando más que la fuerte muralla rocosa, volvió sobre sus pasos intentando de nuevo, con brutales golpes, dilatar la grieta por la que seguía llegando la siniestra carcajada de Timothy.

¿Cuánto duró aquello?

Richard no pudo decirlo jamás. Fueron horas; horas interminables, largas como siglos, infinitamente angustiosas, durante las cuales la risa, cada vez más ronca, menos humana, seguía hiriendo los oídos del joven, a pesar de que apretaba las ensangrentadas manos sobre ellos para no oír la carcajada interminable de su amigo loco.

Richard se despertó, mucho más tarde, de aquella pesadilla que le parecía acaba de pasar Despegándose las palmas de las manos de los oídos sintió una especie de mareo que pasó pronto.

La risa de Timothy no se oía ya…

Razonando tristemente, el joven llegó a la conclusión de que su amigo debía haber muerto. Casi deseó ardientemente que hubiera ocurrido así, porque no quería ni imaginarse a un Timothy demente, arrastrando su alucinante locura, por las tinieblas de aquellos subterráneos.

Se incorporó comenzando a andar hacia la dirección que seguía el pasadizo. La linterna le era de una enorme utilidad y además no debía preocuparse de su duración, ya que la milésima de gramo de hidrógeno que contenía seguiría emanando luz durante un largo año. Se detenía,

de cuando en cuando, para tomar algún alimento o descansar de aquella fatigosa e interminable marcha. Nunca hubiera podido concebir que bajo la calcinada tierra de la península de Anatolia hubiese existido una tal complejidad de pasajes subterráneos que formaban un verdadero laberinto.

Se sentía cansado, envejecido, como si llevase miles de años sin haber visto el sol. La humedad de las galerías que iba atravesando había hecho nacer una fatigosa tos en su pecho.

El tiempo no podía tener valor alguno para él. Durante la caída, su cronógrafo se había hecho añicos y se había visto obligado a abandonarlo.

¿Cuándo se acabarían aquellos interminables pasadizos?

Llegó a temer por el equilibrio de su espíritu. Cada vez que pensaba en el desdichado Timothy, sentía el pánico de volverse loco como su amigo. Muchas veces, cuando se sentaba sobre la piedra a descansar, solía emitir una risa nerviosa de la que se horrorizaba inmediatamente después de haberla producido.

La galería que seguía empezó, repentinamente, a ascender. Unas horas después sintió la alegría de ver que en el techo una fisura le permitía ver, después de un tiempo que le parecía una eternidad, la maravillosa claridad solar.

Fué entonces cuando, pareciendo salir de uno de los muros, oyó el desgarrador grito de Martha que pedía auxilio.

* * *

La reunión extraordinaria duraba ya dos largos días…

Se estaba celebrando a veintidós kilómetros de altura, punto en el que se habían reunido doscientas enormes «núcleo-esferas» de gran modelo, dotadas de las más completas comodidades.

Entre ellas se habían tendido puentes metálicos de intercomunicación—verdaderos tubos huecos acondicionados con un nuevo procedimiento de «termo-control»—que convirtieron a aquella aglomeración de esferas en una verdadera ciudad que flotaba en el espacio.

Hacía muchos años que las, grandes autoridades mundiales no se habían reunido. A pesar de que la política no sufría bruscas variaciones, la Historia continuaba separando por un foso profundo las civilizaciones europeas y americanas. Los países de allende el Atlántico seguían siendo considerados como jóvenes, contando siempre la fecha inolvidable de 1942 en la que empezó la Historia del Nuevo Continente.

La A. O. A.[7], la A. O. E.[8] y el Gobierno de los Estados Asiáticos, que representaban también a la Federación del Quinto Continente, escucharon las informaciones detalladas que les procuró uno de los jefes

militares europeos sobre la fatal operación realizada por el difunto comandante Reymond.

Sentados en sus cómodos «panteidos», los grandes «ALPHAS» mundiales, con sus amplias frentes y su aspecto de distraídos, escuchaban las palabras que el representante del Ejército Occidental Europeo iba pronunciando con un ritmo monótono.

La situación no podía ser más clara. La civilización moderna, la técnica del año 3000 se veía amenazada por unos extraños seres —«hombres degenerados» fueron las palabras que utilizó el orador—que poseían armas de una potencia fantástica que no podían ser ni contrarrestadas ni vencidas por los instrumentos nucleares de los que se enorgullecían la ciencia del siglo XXXI.

Parecía imposible que un grupo de seres despreciables, que vivían bajo el suelo, como animales inferiores, pudiesen tener en jaque a los representantes de una potente civilización que no temían, con justa razón, más que a las peligrosas incursiones de los pobladores de otros mundos.

La pléyade de periodistas, que iban transmitiendo las noticias por sus emisoras de televisión a las cinco partes del mundo, armaron un escándalo formidable al recordar, en voz alta, que un americano de la clase «BETHA», llamado Richard, había prevenido con tiempo a los «ALPHAS» del Occidente Americano. Estos no tuvieron más remedio que justificarse con pobres palabras humanas, acabando por bajar sus rostros que habían enrojecido de vergüenza.

Pero, pasada la tormenta, la atención general se centró en el verdadero nudo gordiano del problema.

¡Había que combatir y vencer a los «Hipogeos»!

Cuando los «ALPHAS» quisieron intervenir para proporcionar su opinión científica de los «Hipogeos» y la manera que, según ellos, se debería emplear para combatir a aquellos extraños seres, una formidable pitada, que partía de la tribuna de la «Tele-Prensa», les redujo brutalmente al silencio.

Las voces que sonaban eran una expresión realista de las gentes que no confiaban en la ciencia, sino en la fuerza para luchar.

—¡Que se ocupe el Ejército!

—¡Cadmio y no palabras!

Una estentórea voz se hizo escuchar por encima de los murmullos que partían de todas partes.

—¡No queremos saber si los «Hipogeos» tienen seis ojos o cinco manos! ¡Queremos verlos desaparecer, no conocerlos!

Costó bastante reducir al silencio a aquella furiosa jauría que deseaba se tomasen medidas rápidas y eficaces para hacer desaparecer el peligro que se cernía sobre la civilización.

Las luces rojas, que reclamaban silencio, parpadeaban sin cesar.

Finalmente, los representantes militares, que sonreían satisfechos de lo que significaba una victoria para ellos, pudieron empezar a expresar su opinión.

Bombas, ataques masivos, empleo de concentración de rayos cósmicos, gases y siembras bacteriológicas. Todo fué reclamado, urgentemente requerido, por aquellos hombres que no se consideraban tranquilos sin verse rodeados de formidables armamentos.

La ovación de la «Tele-Prensa» adquirió caracteres de apoteosis.

Todos los rostros expresaban alegría; todos los gestos confianza en el porvenir y hasta seguridad en la pronta y definitiva victoria.

Por ello, cuando se dió un aviso urgente de que se iba a recibir una información televisada, que correspondía a un aviso llegado de Madrid, la expectación tuvo algo de grotescamente angustioso y que constituyó como una ducha fría en aquellos rostros que expresaban un gozo demasiado prematuro.

Las luces se apagaron y la gigantesca pantalla de televisión iluminó con un resplandor blanquecino, casi plateado.

La confusión de las imágenes que aparecieron era completa. Se veía que estaban transmitiendo una película filmada en condiciones dificilísimas y con gran peligro para la vida del operador que había realizado tal trabajo. Al principio, las sombras que se movían sobre la tierra, ya que se trataba de fotografías aéreas, ofrecían un contorno impreciso, y borroso que no permitía ver claramente de qué se trataba. Sin embargo, la banda de «sonoro» hacía llegar hasta los oídos de los espectadores el horrendo resonar de unas terribles explosiones de cuya violencia podían darse perfectamente cuenta, por el eco que despertaban en la sala de conferencias.

Poco a poco, las imágenes se fueron tornando más claras y ante los asombrados ojos de aquellos hombres—que estaban reunidos en el lugar más tranquilo que se pudiese imaginar—aparecieron las fantásticas siluetas de los «Hipogeos» que avanzaban, en nutridos grupos, lanzando con unos aparatos negros que llevaban en la mano derecha las terribles burbujas multicolores que ya conocían por las informaciones que habían precedido a aquella proyección.

Al mismo tiempo, la voz del locutor se dejó oír.

—«En el día de ayer—la voz era monótona como todas las de los locutores—, los «Hipogeos», procedentes de la árida península de Anatolia, descendieron por la península de Arabia y atravesando el Canal de Suez penetraron en Egipto. A últimas horas de la noche habían atravesado la frontera egipcia y esta mañana, al amanecer, se encontraban en pleno Marruecos español, habiendo ocupado casi la totalidad del Norte de África».

Una exclamación de horror escapó de tedas las gargantas. La voz del locutor continuó informando.

—«Según parece, los «Hipogeos» han utilizado toda clase de vehículos capturados en su rapidísimo avance, llegando a emplear pequeñas «núcleo-esferas». Las informaciones que nos han llegado, comunicadas por algunos fugitivos que lograron escapar de las manos de sus enemigos, nos hacen creer que los «Hipogeos», siendo incapaces de guiar nuestros vehículos, han obligado a sus conductores a que permaneciesen en los puestos de control y mandos, logrando así moverse a gran velocidad.»

«Las escenas que vamos a remitirles ahora constituyen un claro ejemplo de la gravedad del peligro que se cierne sobre nuestro planeta. Ha sido gracias a nuestro corresponsal especial, señor Arauja, que estas impresionantes imágenes pudieran ser captadas en momentos de peligro, mientras alrededor del aparato que conducía el señor Arauja explotaban las espantosas armas de los «Hipogeos», convirtiendo personas y cosas en restos carbonizados.»

La pantalla, plenamente iluminada, dejó ver la cruda estampa de la lucha entre los hombres y los «Hipogeos». Se veía claramente el estallido de las burbujas y sus devastadores efectos que producía el sutil humo azulado.

Ante los horrorizados ojos de los espectadores, los «Hipogeos» iban recogiendo del suelo los diminutos cadáveres negros de los hombres, que se colgaban a la cintura y que, muchos de ellos, iban devorando mientras procedían su irresistible avance.

Por vez primera, las autoridades superiores estaban observando los extraños seres que amenazaban la Humanidad.

—¡Es horrible! —exclamó uno de los periodistas.

—«La aviación española—prosiguió el locutor— está bombardeando intensamente, con bombas de cadmio, las largas columnas de «Hipogeos» que se dirigen hacia el Estrecho de Gibraltar. Desde el Peñón, donde se ha situado el principal observatorio español, las autoridades militares siguen, con todo interés, el desarrollo del terrorífico combate que se libra, en estos momentos, contra los seres subterráneos que nos atacan. «Núcleo-esferas» de la sexta flota aérea española están lanzando potentes cargas microbianas, de las especies más virulentas, sobre todas las zonas ocupadas por los «Hipogeos». Aquí la estación central de Televisión Occidental Europea de Madrid.»

Las luces de la sala tornaron a encenderse mostrando una expresión en los rostros que era diametralmente opuesta a la que tenían cuando se apagaron. Toda aquella desbordada alegría que se había asentado en los espíritus llenándolos de gozo, se había convertido en algo que expresaba fielmente la profundidad del pesimismo que las palabras del locutor de Madrid había puesto en ellos.

Ahora se daban perfectamente cuenta de que el peligro era mucho mayor de lo que, al principio, habían pensado. Todas aquellas estúpidas

ideas que se habían hecho sobre los «Hipogeos», sus elementales y primitivos medios de vida y las consideraciones que les habían impedido a encerrarlos en la categoría «de seres inferiores», se habían venido abajo como el más frágil castillo de naipes.

Acababan de ver, con sus propios ojos, la superioridad absoluta y patente de aquellos seres a los que habían juzgado, muy a la ligera, de algo incapaz de batirse contra la civilización moderna. Sin embargo, estaban disponiéndose a saltar el Estrecho de Gibraltar e invadir la Península Ibérica que era la puerta de entrada del Occidente.

Todos los ojos convergieron en la imponente mesa tras la que las autoridades mundiales estaban sentadas. Había, en aquellas miradas, una muda exigencia que podía representar el sentimiento de todos los pueblos que gritaban por ser defendidos contra la monstruosa invasión que amenazaba englutirlos en un mar de vapores azules fatídicamente mortales.

Las autoridades mundiales conversaban entre sí en voz baja. La expectación alcanzó límites insospechados y cuando remitieron a uno de los locutores una nota escrita y firmada por todos ellos, el silencio era tan intenso que podía llegar a oírse la respiración de los presentes.

—«Las autoridades del mundo, en vista de los gravísimos acontecimientos que amenazan a la Humanidad, disponen:

«Primero. Todas las naciones amenazadas por los «Hipogeos» y que no han sido ocupadas aún, serán inmediatamente evacuadas hacia regiones tranquilas.

»Segundo. La totalidad absoluta de los Ejércitos mundiales se concentrará en las zonas ocupadas por los «Hipogeos», lanzándose a un ataque masivo, con todas las armas, sin excepción alguna, por lo que estas autoridades anulan todo lo legislado por las Sociedades Internacionales respecto a la limitación de armas.

»Tercero. Las autoridades, representando los intereses de los cinco continentes, se considera, a partir de este momento, en Estado de Guerra permanente con los seres denominados «Hipogeos», hasta que éstos depongan su actitud belicosa o, en caso contrario, sean completamente destruidos por nuestras armas.»

ANGUSTIA EN LAS TINIEBLAS

EL alarido que salía de la garganta de Martha hizo estremecer a Richard, que se detuvo, girando después mientras enfocaba la blanca luz de su linterna de hidrógeno a su alrededor.

No tardó en distinguir una mediana fisura que obligatoriamente debía ser el sitio por el que había penetrado la voz angustiosa de la muchacha. Se acercó apresuradamente y la luz de su linterna, una vez que hubo pasado la mitad del cuerpo por aquel sitio, iluminó el interior.

Richard sintió que los cabellos se le erizaban de terror.

Allá, en el fondo de la oquedad que había al otro lado de la fisura, Martha, apoyándose de espaldas a la pared, intentaba repeler el ataque de un grupo de monstruos que se abalanzaban furiosamente sobre ella. La palidez de su rostro le proporcionaba una blancura extraordinaria y el joven previno que ella iba a desplomarse, de un momento a otro, sin sentido, quedando a la merced de aquellos horrendos seres.

Rápidamente, echóse el «rifle-reactor» a la cara disparando con furia contra los salvajes agresores de la artista. Los ígneos proyectiles dieron pronta cuenta del primer grupo de los asaltantes.

—¡Mantente un poco, Martha! ¡Ya voy!

De un salto formidable logró caer en las proximidades del lugar que ocupaba la joven. Bajo sus pies, la masa de los «Hipogeos» muertos formó una especie de mullida, alfombra que amortiguó el golpe.

Apenas recuperó el equilibrio, volvió a hacer fuego contra la ingente masa que seguía saliendo por el orificio por el que había penetrado la joven. Los cadáveres iban amontonándose y formaban ya una especie de barricada entre ellos y los asaltantes.

Entonces, empezaron las escenas de horror.

Mientras algunos de los «Hipogeos» intentaban abalanzarse sobre las dos criaturas humanas, una gran parte de ellos se lanzaba sobre los cadáveres de los suyos que empezaron a devorar vorazmente.

Martha cerró los ojos al tiempo que una terrible angustia la hacía vacilar. Jamás había pensado encontrarse ante un espectáculo tan repugnante como el que se estaba desarrollando ahora. Aquella antropofagia era la prueba más evidente de que los prisioneros de los «Hipogeos» habían sido terrible y definitivamente abandonados en las tinieblas de sus celdas subterráneas. El hambre de la población de los laberintos era general y, por lo tanto, nada tenía de extraño que los

condenados la padeciesen en un grado inimaginable.

Aquel inconcebible banquete que se desarrollaba ante los ojos de Richard y de la horrorizada muchacha, constituyó una pausa en el combate que el joven aprovechó para buscar ardientemente una salida a aquella espantosa situación.

¡Debía encontrarla, fuese como fuese! Ahora, cuando la mujer a la que amaba se encontraba a su lado, la lucha se planteaba de una manera muy diferente en la que no cabía la posibilidad de una rendición o el de una egoísta muerte acontecida en el combate. Sólo al pensar lo que ocurriría a Martha si él era muerto por los «Hipogeos», le hizo estremecerse de pavor.

Fué entonces cuando, al levantar los ojos hacia arriba, descubrió el orificio por el que penetraba la luz del día.

La altura era considerable, pero aquello no detuvo a Richard que, volviéndose hacia la muchacha, la tendió el arma.

—¿Sabe manejar esto? —inquirió.

Ella asintió con la cabeza antes de contestar.

—No se preocupe, Richard. Haré lo que usted me mande.

—Voy a intentar escalar el muro hasta tener a mi alcance ese pequeño orificio por el que penetra la luz de fuera. Estoy casi seguro de que la tierra será blanda en sus bordes y que no me costará mucho agrandarlo hasta que permita el paso de nuestros cuerpos. Usted, entretanto, disparará contra esos monstruos si recomienzan el ataque— sonrió y señalando el arma—; no se preocupe por las municiones, no hace mucho que renové los cargadores de cohete.

Ella le miró intensamente, poniendo en aquella mirada toda la fuerza de lo que sentía por él. Richard comprendió que, más que nunca, tenía que luchar y necesitaba la victoria por encima de todo.

Ágilmente comenzó a escalar el muro que, gracias a los salientes que le proporcionaban las numerosas anfractuosidades que existían en él, le permitió ascender a bastante velocidad y no con las dificultades con que había contado antes de decidirse a subir.

Estaba llegando casi a la parte superior de aquel embudo, cuando un griterío infernal, que provenía de abajo, le hizo detenerse. Un nutrido grupo de «Hipogeos», seguramente saciados de la carne de los suyos, habían iniciado un nuevo ataque contra la muchacha.

—¡Dispare, Martha, dispare! —gritó.

La joven no se hizo repetir la orden, empezando un fuego que detuvo bruscamente a las primeras filas de los asaltantes. Richard, después de tranquilizarse de la situación de Martha, siguió escalando hasta que su mano derecha logró apoyarse en el borde externo de la hendidura. Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, podía, asomándose a aquella especie de ventana, contemplar la maravillosa luz del sol. Tal estupenda experiencia le produjo una sincera alegría.

Como había calculado, la roca que formaba la abertura era de naturaleza terrosa y se deshacía fácilmente entre los dedos.

¡Un poco más de esfuerzo y serían libres!

Trabajó con ahínco, casi sonriente, pensando en lo dichoso que sería, una vez fuera, junto a Martha, alejándose para siempre de aquellas terribles regiones en las que tanto habían sufrido.

Bajó la cabeza para percatarse inmediatamente de que Martha se defendía muy bien contra los ataques de los «Hipogeos», cuyos cadáveres se seguían amontonando ante los certeros disparos de la muchacha.

El orificio que había logrado era lo bastante ancho para permitir ampliamente el paso de un cuerpo humano. Tan sólo una aguda arista de roca podía causar daño a la muchacha. Intentando arrancarla, Richard apoyó fuertemente el pie derecho en el saliente sobre el que había mantenido su equilibrio hasta entonces.

Ahogó un grito, al sentir que la roca sobre la que apoyaba el pie se había desprendido y que se precipitaba brutalmente hacia abajo. Instintivamente encogió el cuerpo para disminuir los efectos del choque. Este, no obstante, fué ciertamente brutal y fué seguido de algo que Richard no se hubiese jamás atrevido a imaginar.

El suelo, contra el que chocó violentamente, cedió englutiéndolo hacia nuevas profundidades…

Martha, al ver que el joven desaparecía a sus pies, en la profunda negrura de una sima, lanzó un desgarrador grito de espanto.

* * *

Timothy vagaba inconscientemente por las oscuras galerías, con las manos extendidas hacia delante y con una sonrisa que parecía no morir jamás en sus labios.

Sus ideas no eran, en manera alguna, pesimistas. Por el contrario, hacía mucho tiempo que se creía en un extraño lugar que no alcanzaba a definir pero que no le llegaba a ser completamente desagradable. A pesar de la debilidad orgánica en que se encontraba, ya que hacía varios días que no tomaba alimento alguno, una especie de euforia le mantenía milagrosamente ágil, proporcionándole una sensación de estabilidad que había sucedido a su ataque de locura cerrando definitivamente las ventanas de su espíritu a la realidad que le rodeaba.

No podía darse cuenta de que la muerte se apoderaría finalmente de su débil cuerpo, porque, sencillamente, Timothy era ya incapaz de comprender el sentido de su existencia.

Recorrió una considerable extensión de galerías y pasadizos en la más completa oscuridad. La carencia casi absoluta de luz desarrolló su visión hasta adquirir la visibilidad de cualquier ser nictálope. Así pudo

defenderse, pero no antes de sufrir las consecuencias de su falta de hábito a lo oscuro que hizo que su cuerpo y, sobre todo, su rostro se cubriesen de marcas y heridas, resultado de los numerosos golpes que se dió contra los muros de las galerías.

Para él, la horrenda noche que le rodeaba no era más que continuación de la que llevaba dentro: noche de locura y de horror que ocultaba por completo la luz de la razón.

Muchas veces corría desesperadamente, movido por una cólera interior, como una ciega bestia que buscase una salida de aquel laberinto subterráneo. Entonces, con la espuma en los labios, furioso, dando zarpazos al aire, como si golpease a invisibles enemigos, avanzando por las galerías, tropezando, cayendo, levantándose y volviendo a caer, hasta que la fatiga o el atontamiento producido por un fuerte golpe le dejaba definitivamente tendido en el suelo.

En una ocasión, al despertar de uno de aquellos desvanecimientos en que caía, ya terriblemente débil y con una angustiosa sed que le abrasaba, se arrastró hacia un lugar del que parecía llegar hasta él un débil ruido…

El encontrar un arroyo subterráneo, de una límpida y fresca agua, colmó todos sus deseos. Desde aquel, instante pareció que el instinto de conservación dominaba decididamente la locura de su espíritu. Nunca se alejaba de aquel lugar en que podía calmar su sed. Además, de tanto moverse por los alrededores del manantial, conocía ya la topografía de aquellos lugares y, por lo tanto, a pesar de la oscuridad reinante, se movía con cierta facilidad.

Avanzaba una vez, sumido en las extrañas ideas de su atormentado cerebro, cuando se sorprendió al penetrar en un pasadizo repleto de una intensa luz azul. La primera sensación que tal cosa le produjo fué dolorosa y hubo de cerrar los ojos velozmente ante la claridad que le cegaba. Después, cuando pudo acostumbrar su retina a la luz, avanzó lentamente hacia el lugar por el que parecía provenir la luminosidad.

Un muro, de regular altura, detuvo su marcha. Por la parte superior se veía una gran abertura por la que entraba, a raudales, aquella luz azulada.

Llevado por una curiosidad irresistible, Timothy trepó, apoyándose en los salientes del muro, que ofrecían una seguridad absoluta, hasta que alcanzó el borde inferior de la abertura. Alzándose a pulso, asomó la cabeza…

Tres metros más abajo, un nutrido grupo de «Hipogeos» trabajaba intensamente en el borde de una especie de lago del que brotaba una luminosidad cegadora de intenso color, azul. La fuerza de la luz era tan intensa que Timothy no podía resistir el mirarla directamente.

Curiosamente, observó el trabajo que estaban realizando aquellos seres que, arrodillados junto al borde del lago, amasaban una especie de

tierra negra, que cogían de enormes montones situados a sus espaldas, después de haberlos humedecido en las aguas del lago.

Maniobraban rápidamente, procurando siempre no tocar con las manos el luminoso líquido. Tomando por uno de los lados un trozo de aquella arcilla negruzca, tocaban, con el borde opuesto, las aguas azules. Inmediatamente hacían que la arcilla recubriese velozmente la parte humedecida. Para Timothy parecía una escena de panaderos artesanos, ya que, después, amasaban la arcilla hasta darle una forma aproximadamente piriforme, del tamaño de un puño humano.

De repente, uno de los «Hipogeos» resbaló un tanto y hubo de extender el brazo para evitar la inminente caída en la laguna. Su brazo rozó ligeramente la superficie del agua azul.

Un grito infrahumano se escapó de su garganta…

Ante los ojos espantados de Timothy, una alucinante escena se desarrolló. El «Hipogeo» levantó aquel brazo mientras gritaba locamente. El americano vió que el brazo iba disminuyendo de tamaño, al tiempo que se ennegrecía intensamente.

Loco de dolor, el «Hipogeo» avanzó hacia sus compañeros clamando ayuda. Pero, los otros, incorporándose rápidamente, huyeron hacia el fonda de la galería lanzando inarticulados gritos.

Repentinamente, y desde un lugar al que no alcanzaba la vista de Timothy, brotaron unas figuras, también de «Hipogeos», pero que no demostraban el menor terror, sino que, al contrario, parecían repletos de una suficiencia y autoridad sólidamente establecidas. En las manos de aquellos seres, los largos látigos, que manejaban con una pericia que decía mucho en su honor, representaban su categoría superior a los que extraían el líquido mortal de la laguna.

Los latigazos hicieron retroceder a los aterrorizados «Hipogeos». Timothy, en un momento de lucidez, se maravilló del extraordinario servicio que hacían las antenas a aquellos monstruos ciegos. Ningún latigazo falló el objetivo hacia el que había sido dirigido.

Entretanto, el «Hipogeo» que había tenido la desgracia de tocar el líquido de la laguna, se retorcía, monstruosamente deformado—toda la parte derecha del cuerpo más pequeña y ennegrecida— barriendo el aire con el único brazo que tenía aún vivo.

Los alaridos de aquel desdichado hicieron que el americano se estremeciese, sintiendo en su propio cuerpo la agonía del «Hipogeo». Sobre el cuerpo de éste, la mancha negra iba avanzando implacablemente como una rara y terrible lepra fulminante… Finalmente, cuando la totalidad de su alucinante cabeza se tornó en una masa negruzca y casi tan pequeña como el puño de un hombre, el ser se desplomó, mientras la negrura ganaba rápidamente el resto de su cuerpo.

Los obreros que habían sido rudamente fustigados por los

guardianes, después de reunirse medrosamente en un rincón, mientras «contemplaban» con sus antenas la agonía de su compañero; al ocurrir la muerte de éste, se lanzaron sobre él, devorándole en pocos minutos.

Timothy no pudo resistir más; aquella escalofriante escena le había causado una horrible sensación que espoleó la locura de su cerebro. Lanzando un verdadero aullido, retrocedió corriendo, sin saber hacia dónde, por las oscuras galerías, huyendo de la espantosa luz azul…

* * *

Un grito de horror se escapó de los labios de Martha…

El cuerpo de Richard había pasado ante ella como una exhalación, perdiéndose en la profundidad de la grieta que acababa de abrirse a sus pies. El polvo producido por el derrumbamiento la cegó durante algunos instantes. Luego, avanzando a tientas, se aproximó al borde de aquel abismo, perdidas todas las esperanzas de volver a ver a aquel valiente muchacho que había arriesgado su vida por sacarla de las manos de los «Hipogeos».

Al pensar en ellos, Martha volvió a mirar hacia delante, observando con terror que los monstruos recomenzaban su avance una vez pasado el sobresalto del derrumbamiento producido por la caída de Richard.

La joven apretó el gatillo del «rifle-reactor» lanzando una corta ráfaga contra sus enemigos que detuvo en seco el avance de éstos.

—¡Martha!

La muchacha sintió que su corazón se ponía a latir precipitadamente. Una alegría, que no dejaba de tener un fondo angustioso, la invadió por completo respondiendo a la emoción que la había producido aquella inesperada llamada.

Tardó bastante en reaccionar, encontrándose en un estado en el que le era imposible realizar el menor movimiento.

Por dos veces seguidas, la voz de Richard tornó a brotar de la profundidad por la que había caído.

—¡Martha!.. ¡Martha!..

Se acercó temerosamente al borde recortado de la tierra, palpando cuidadosamente antes con el pie, para asegurarse que el terreno no cedería, arrastrándola a su vez hacia aquel negro abismo.

—¡Richard!.. ¿Está usted ahí?

Estaba segura de que el muchacho le había llamado para pedir auxilio. Después de la tremenda caída, era casi imposible que no hubiese sufrido daño alguno.

Esperó unos instantes y cuando se disponía a gritar de nuevo, oyó la voz del joven.

—¡Martha! Estoy aquí abajo, a unos pocos metros de usted. No estoy herido y sólo he recibido un golpe sin importancia. Escúcheme ahora…

La voz de Richard llegaba a ella como una deliciosa melodía que le llevase la confianza de no estar sola, otra vez, entre aquellos horripilantes seres.

—¡Escúcheme! —repitió el joven—. Va usted a dejarse caer, sin miedo alguno, ya que yo estoy exactamente situado bajo el orificio y podré cogerla en brazos. Creo que he caído en una galería importante que podría llevarnos a algún punto que condujese hacia la superficie— hizo una breve pausa—. ¿Han vuelto a atacar los «Hipogeos»?

Al oír la pregunta de Richard, la joven miró angustiosamente hacia delante, posando la vista sobre el nutrido grupo de cadáveres que se extendía al otro lado de la hendidura. Por el momento, no se notaba movimiento alguno.

—¿Cuándo quiere que me lance, Richard?

—Ahora mismo—repuso él—. Voy a contar hasta tres y entonces podrá lanzarse. Ahora voy a retirarme para que tire el «rifle-reactor».

El arma produjo un sonido seco al chocar contra la tierra que se extendía abajo.

—¡U no!

Martha se sintió temblar un poco y sus ojos intentaron disipar las tinieblas que se extendían ante ella.

—¡Dos!

Fué acercándose, apoyando las manos en la tierra, hasta que sus dedos tocaron el vacío. Luego, cerrando los ojos, musitó una rápida oración.

—¡Tres!

Después de dudar, durante una fracción de segundo, la joven se dejó caer. Le pareció que la caída no acababa nunca, y, sin embargo, pronto se encontró entre los fuertes brazos del muchacho.

Este la dejó blandamente en el suelo.

—¿Se ha hecho usted daño?

—Nada, en absoluto. Todo ha ido muy bien. ¿.Hacia dónde vamos ahora?

—Es una verdadera lástima que haya extraviado la linterna. De todas formas, yo iré delante con el arma preparada y usted marchará detrás, cogida al cinturón de mi chaqueta.

Así lo hicieron y, después de elegir una dirección al azar, caminaron lentamente apoyándose en el muro de la galería. Richard, con el brazo derecho extendido, y el «rifle-reactor» a modo de bastón, tanteaba el terreno para evitar alguno de los fosos que podrían haberse formado después del terremoto que había sacudido el Laberinto.

El joven poseía aún algunas pastillas de «bio-estimulantes» y manifestando que él no tenía apetito, dió la mayor parte a la joven que no había tomado alimento alguno desde que descubrió la galería, al quitar la roca que la separaba de su celda.

Durante muchas horas, la mayor parte en completo silencio, caminaron siguiendo la misma dirección que habían tomado al principio. La oscuridad seguía siendo tan intensa como siempre, y la mano de Martha no se separaba del cinturón de la chaqueta de su compañero, único punto que la mantenía en contacto con él.

Una de las veces, cuando acababan de reanudar la marcha, después de una parada de descanso, que aprovechó la muchacha para dormir, al iniciar el camino de nuevo, Martha le pareció sentir el rumor de unos pasos que se iban acercando por la espalda.

A pesar de que su corazón empezó a latir velozmente y que un terror indescriptible la fué ganando, hasta apoderarse por completo de su espíritu, la joven lo resistió históricamente, sin atreverse a decir nada a su compañero y creyendo que el ruido que había oído procedía solamente de su imaginación sobreexcitada.

Pero al cabo de un cierto tiempo y dominando el ruido que hacían ellos mismos, Martha sintió claramente que alguien andaba detrás de ella. Dos o tres veces, se atrevió a volver la cabeza, pero la oscuridad era tan completa que hacía imposible la menor visión.

Sus nervios fueron excitándose hasta que, no pudiendo resistir más, dió un tirón violento al cinturón de Richard.

Este se volvió inmediatamente.

—¿Qué ocurre, Martha? —inquirió.

Ella se acercó a él para expresarse en voz baja, temiendo que el «otro» hubiera oído la potente voz del muchacho.

—Me parece que nos están siguiendo—dijo en voz apenas audible.

El sintió el cálido aliento de ella y cerró los ojos, más para dominarse que para escuchar si, en realidad, las palabras de la muchacha tenían un fondo de verdad.

El silencio era absoluto.

Richard, comprendió que el terror había ganado el alma de aquella pobre criatura que, en poco tiempo, había atravesado por una serie de situaciones que el más mesurado y resistente sistema nervioso no hubiese podido experimentar sin un sufrimiento indecible. Sentía ahora el joven renacer en su corazón toda la fuerza del cariño que le había impedido a salvar a Martha. Y, ahora, teniéndola tan cerca, sintiendo la respiración angustiosa de la muchacha, no pudo resistir, decidiéndose a proporcionarle una prueba que la tranquilizase, al saberse protegida por el amor de un hombre.

Sus labios se unieron en un largo beso.

Ella sintió que la confianza renacía en su pecho. Desasiéndose dulcemente de los brazos de Richard.

—¡Perdóname, querido! Estoy tan nerviosa; te juro que creí haber oído como si alguien nos siguiese.

El buscó en la oscuridad la sedosa cascada de los cabellos de Martha.

Mientras los acariciaba.

—Comprendo, cariño—dijo en voz baja—. También mis nervios están a punto de saltar.

Siguieron caminando y ella, con el corazón repleto de dicha, se sentía más confiada que nunca; más segura de llegar a salir de aquellas alucinantes tinieblas. Por ello, cuando volvió a oír los pasos a su espalda, sonrió absurdamente, confesándose su propia inocencia al creer que el eco de los pasos de ellos podría pertenecer a otra persona.

Estaban solos, como ella deseaba que estuviesen siempre, pero fuera de aquel angustioso ambiente que tenía todo el parecido posible a una locura imaginativa, a una pesadilla sin fin.

Cuando las dos frías manos la rodearon el cuello, Martha fué incapaz, durante unos segundos, de exhalar el menor, sonido. Fué después, cuando la opresión de aquéllos dedos de hierro empezaban a ahogarla, que ella lanzó un gemido lastimero, medio estrangulado, que brotó de su garganta como un débil gemido.

Richard, al oírlo y sentir cómo la mano de la muchacha tiraba espasmódicamente de su cinturón, volvióse abalanzándose hasta que sus manos tropezaron con el fuerte cuerpo del agresor. Rápidamente, buscó, ascendiendo por el cuerpo del desconocido en busca del rostro cuando sus dedos tocaron el fuerte vello que cubría la cara del atacante, dirigió hacia ella el puño izquierdo con toda la violencia y fuerza que pudo.

Logró así separar el cuerpo del agresor del de la muchacha y abrazados ambos hombres, cayeron al suelo, buscando cada uno de ellos la pronta muerte de su contrario.

Richard tuvo la mala fortuna de golpearse con la cabeza en un saliente del muro e inmediatamente sintió que sus fuerzas disminuían gradualmente hasta que sus ojos se velaron y perdió el conocimiento. Antes de que la noche cayese sobre él, sintió que los dedos de su enemigo se cerraban brutalmente sobre su garganta. Para él, todo había acabado y la muerte estaba ya aprisionándole entre sus gélidos brazos.

LA DERROTA

SEGUIDAS por el control de más de cien estaciones de televisión, especialmente montadas para contemplar la marcha de las operaciones militares, las quinientas «núcleo-esferas», que formaban la primera oleada lanzada contra los «Hipogeos», se lanzaron a un vertiginoso ataque contra las masas de enemigos que se disponían, después de haberse apoderado de gran cantidad de buques en los puertos españoles y franceses de los dos Marruecos, a atravesar el Estrecho de Gibraltar y penetrar en la Península Ibérica.

El espectáculo, sobre las brillantes pantallas, poseía algo de grandioso y los «ALPHAS» que lo contemplaban, sonreían orgullosos y satisfechos del avance de la técnica que se había conseguido gracias a la labor de sus científicos cerebros.

Pero, cuando después de lanzar más de un millar de bombas nucleares sobre los «Hipogeos», su efecto se volvió contra las esferas, disolviéndolas en el espacio. Las bombas, como había ocurrido hasta entonces, «rebotaron» sobre la superficie de burbujas con que se protegían los «Hipogeos» y que parecían ser como las piezas de una muralla que nada pudiese atravesar.

Desesperados y con una cólera de la que no se podían sustraer, las autoridades del mundo ordenaron que todas las fuerzas disponibles se lanzasen a un ataque total contra aquellos diabólicos seres que parecían carcajearse de la técnica de la civilización moderna.

Diez mil «núcleo-esferas» avanzaron, desde todas las partes del mundo, con el solo objetivo de hacer desaparecer para siempre la masa ingente de los «Hipogeos». Esta vez, después de lanzar las bombas nucleares, las esferas ascendieron a una velocidad vertiginosa evitando ser alcanzadas por las explosiones y descendiendo después a ras de tierra, para lanzar toda clase de gases mortales de siembras bacteriológicas sobre el enemigo. Algunas de ellas lograron romper la superficie de las burbujas y los «Hipogeos» conocieron, por primera vez en el curso de su ofensiva, la muerte y la desolación.

Pero, por desgracia para los terrenos, la terrible barrera de burbujas volvió a cerrarse tan impenetrablemente como lo había estado hasta entonces.

La derrota de los hombres había sido completa.

Las órdenes de evacuación para aquellas zonas próximas a las

ocupadas por los «Hipogeos», corrieron como la pólvora. Gran parte de la región Sur de la Península Ibérica empezó a emigrar velozmente hacia el Norte, utilizando todos los medios de transporte a su alcance.

Se dieron concretas instrucciones para que las fuerzas que habían escapado milagrosamente al combate se reuniesen en territorio alemán, para reorganizarse.

Las Autoridades mundiales se reunieron, a puerta cerrada, para proceder a un rápido estudio de la situación y exigir de los privilegiados cerebros de los «ALPHAS» una inmediata solución a aquella situación intolerable.

Pero, fuera de la aparente tranquilidad que reinaba en los círculos oficiales, las gentes, por el contrario, sintieron que el pánico les ganaba. Las noticias de la derrota de los Ejércitos de la Tierra habían llegado hasta el más recóndito lugar, despertando el temor de que aquellos extraños seres, en que la fantasía popular había convertido en diez imágenes distintas a la cual más espeluznante.

El movimiento de las masas movidas por el terror afectó a una gran parte, de la Europa meridional, el pueblo griego fué uno de los primeros en dirigirse hacia las partes centrales de Europa, donde sabían que se estaban concentrando las nuevas fuerzas armadas para conseguir la lucha contra los «Hipogeos».

Un viento de derrota y de pánico barría a Europa…

El aspecto que ofrecían muchas ciudades, completamente abandonadas por sus habitantes, era profundamente desconsolador.

Grandes sectores de la industria se habían detenido y los problemas de alimentación general, que el movimiento de grandes contingentes humanos había planteado, ofrecía, a cada momento que pasaba, soluciones más limitadas.

Pero cuando, después de la reunión de los eminentes «ALPHAS», las Autoridades mundiales oyeron las conclusiones a que los sabios habían llegado y en las que confesaban su imposibilidad de encontrar algo que venciese a las armas potentes de los «Hipogeos», una profunda arruga se dibujó en las frentes de los hombres más importantes del mundo.

¡La civilización estaba en peligro! ¡La Tierra iba a caer en manos de unos seres que había mantenido ocultos en su seno y que semejaban el producto de un desastroso aborto!

Todo lo que tenía un positivo valor, empezó a ser trasladado hacia el otro lado del Océano.

* * *

Algo hizo que Martha se diese cuenta de la verdad…

Aun si no hubiese sido así, la joven se hubiese lanzado a luchar por lo que más amaba, prefiriendo morir antes de quedar prisionera de

cualquier «Hipogeo» que les hubiese atacado.

Pero, no. El atacante no era ninguno de aquellos horripilantes seres que le causaban tan profundo desagrado.

Arrodillándose y orientándose con las manos extendidas, acercóse a cabeza del hombre que estaba asesinando a Richard.

—¡Timothy! —gritó—. ¡Timothy! ¡Soy yo, Martha!

Un ronco rugido escapaba de la garganta del poseso. Al turbio cerebro de Timothy llegaron las exclamaciones de la joven como un rayo de luz que rompiese la profunda oscuridad de su alma.

¡Aquella voz!

Fue para él como el desgarrar de un velo tupido que se extendiese ante sus ojos, permutando el contenido y la calidad del mundo exterior. La sólida muralla que les separaba de sus propios recuerdos y, por lo tanto, de su personalidad, se derrumbó ante las palabras de la joven que barrieron, enérgicamente, las sombras ficticias que se habían creado en el espíritu del joven americano.

La presión que sus dedos ejercían sobre el cuello de su amigo, disminuyó rápidamente al tiempo que un nuevo ser parecía nacer en su interior. Después, mientras se incorporaba y tanteando las sombras, ayudaba a hacerlo a la joven, que se hallaba arrodillada junto a él.

—¡Martha! —exclamó con una voz que ni él mismo conocía—. ¿Cómo es posible, Dios mío?

Pero la joven se había arrodillado de nuevo y lloraba mientras sus manos buscaban el cuerpo de su amado.

Timothy comprendió que algo raro y que no podía aún comprender acababa de ocurrir allí mismo. La sensación que le dominaba en aquel instante era la que se siente al momento de despertar de un profundo sueño. Fueron las angustiosas palabras de Martha, las que le volvieron definitivamente a la realidad.

—¡Richard!.. ¡Richard!

Timothy se precipitó, arrodillándose a su vez en busca de su amigo. Después de los primeros instantes de mutua angustia, pudieron comprobar que el joven director sólo había sufrido un ligero desvanecimiento producido más por la debilidad de su organismo que por la fuerza de los dedos de Timothy.

Durante dos horas, charlaron no encontrando forma de acabar el relato de sus mutuas aventuras. Cuando Timothy supo que Richard había oído sus voces de auxilio y, sobre todo su carcajada espantosamente interminable, se hubo de explicar al pobre muchacho las fatales consecuencias que aquello había tenido para él.

—¡He estado loco! —exclamó con angustia.

Seguidamente, haciendo un gran esfuerzo mental, Timothy recordó, bastante vagamente, el espectáculo que había observado desde la abertura que daba a la cueva donde estaba situada la laguna del agua

azul. Más claramente después, a medida que fué recordando concretamente todo, expuso a sus amigos los detalles de aquel horrible lugar.

Richard escuchaba atentamente, y por ello, estando tan distraído como su compañero, sintió el mismo terror que él al oír el grito que brotaba de la garganta de Martha.

Richard, apoderándose del rifle, se dispuso a luchar contra los nuevos enemigos. Pero, al mirar hacia el lugar en que parecía residir lo que había provocado el alarido de la muchacha, lanzó él también un grito, que esta vez, dominando el asombro, sonó a franca alegría.

¡AL FONDO DE LA GALERÍA, LA MARAVILLOSA LUZ DEL SOL ENTRABA A RAUDALES!

La distancia que les separaba de la superficie les pareció, a pesar de la velocidad con la que corrían, sencillamente gigantesca. Sus respiraciones fatigosas, y el ruido de sus acelerados pasos sobre la arena, eran los únicos sonidos que rompían el silencio.

Una vez fuera, se abrazaron como locos, saltando y brincando con una alegría y un gozo incontenible.

—¡Mirad!

Señalaba cualquier cosa: una roca, el brillo del sol sobre la tierra calcinada, una nube, una sombra…

—¡Mirad!

Todo era para ellos como una maravilla que se les presentase por primera vez. Durante los primeros minutos hubieron de cerrar los ojos para que la intensa luz solar no les cegase. Ahora, con los ojos muy abiertos y una luz infantil en las pupilas, comprobaban que el mundo, bajo la acariciante luz del sol, era lo más maravilloso de todo lo que un ser humano pueda desear.

Fué aún más estupendo el descubrir, cuando se habían separado un tanto de la salida del Laberinto, el brillo de la «núcleo-esfera» de Richard. A toda velocidad se acercaron al aparato, y, una vez dentro, sin poderlo remediar, lloraron los tres con un llanto de gozo que hacía que las lágrimas y las risas se produjesen a un tiempo.

Las reservas alimenticias de la aeronave sufrieron una invasión general. Después de aquel banquete, Richard se vió obligado a colocarse una ventosa de «insomnina», ya que deseaba partir de allí lo antes posible. Entretanto, Timothy y Martha, en sendas literas, descansaban apaciblemente.

Navegaron rapidísimamente hacia el Este, con el deseo de llegar directamente a tierras americanas. Pero, cuando sobrevolaban Alemania, recibieron un mensaje del Ejército que les obligaba a aterrizar.

Las noticias cayeron sobre ellos como cuervos. La desesperación se había apoderado de las poblaciones europeas, que desertaban, abandonando todo y formando verdaderas columnas humanas que se

dirigían hacia puntos que les alejaran, lo más posible, de la terrorífica presencia de los «Hipogeos».

Los monstruos de las tinieblas—la Prensa les había bautizado con aquel nombre—habían logrado atravesar el Estrecho de Gibraltar y avanzaban, sembrando de muerte y de desolación las gigantescas ciudades de la antigua Andalucía. En Sevilla, un grupo de soldados, al mando de sus heroicos oficiales, había logrado ocultarse en los sótanos de la estación de televisión—un edificio de 115 pisos—, siendo los primeros que lucharon, cuerpo a cuerpo, con los «Hipogeos».

Cayendo, por sorpresa, sobre aquellos repugnantes seres, los soldados lograron acorralarlos, en una de las enormes salas del edificio, matando a muchos de ellos, hasta que los refuerzos llegaron y las tremendas «pompas» azules hicieron su aparición.

A medida que iban conociendo los detalles de aquella invasión sin precedentes, Richard y sus compañeros sentían pánico de manifestar del lugar que provenían. Nadie hubiese creído la verdad y se les habría, sin duda alguna, tomado por dementes.

Se alojaron, durante algunos días, en un hotel de Berlín. Allí, Richard, con el rostro pegado a la pantalla de la televisión, seguía angustiosamente la marcha de los acontecimientos. Timothy, por un acto de defensa perfectamente lógico, pues no se encontraba del todo bien y deseaba olvidar cuanto antes todo lo que estaba en relación con su ataque de locura, se encerraba en su cuarto, donde dormía largas horas, días enteros, encontrando en el sueño la reparación que su mente necesitaba.

En cuanto a Martha, permanecía cerca de su amado, pero con los ojos fijos en aquel rostro de gestos decididos y con el deseo de que pronto les autorizasen para regresar a América.

Una angustia creciente se estaba apoderando del ánimo de Richard que, a través de las escenas horroríficas que veía por la televisión, se iba percatando de la terrible importancia de los acontecimientos. Naturalmente, que las Autoridades procuraban enmascarar la realidad con adjetivos que paliaban un poco la grandeza de la derrota de las Fuerzas Armadas de la Tierra.

Imaginarias victorias llenaban los programas televisados, consiguiendo elevar el ánimo de las gentes, inculcándoles la confianza en la civilización y la fe en la victoria final de los hombres. Pero todos los que oían y veían aquellas emisiones, excepto los que corrían por las carreteras o por el espacio, huyendo del común enemigo, no conocían a los «Hipogeos» más que por los ridículos dibujos que la Prensa había publicado, casi siempre en alguna fantástica escena en que estaban siendo destrozados por las potentes armas de algún Ejército.

Richard pensaba, razonando lógicamente, que el peligro que se cernía sobre los pobres humanos del siglo XXXI era una realidad

irrefutable. Algo de una importancia tal que estaba en camino de adueñarse de la totalidad del Planeta…

El arma de los «Hipogeos»—las espantosas «pompas» que desprendían aquellas nubes azules—eran la superioridad absoluta contra todas las armas nucleares. Richard pensó en la descripción que Timothy hizo de aquella fantástica laguna, pensando si no se trataría de una alucinación de su pobre amigo cuando estaca en aquel estado…

No podía importunar a Timothy, cuyo sistema nervioso se resentía aún de aquel formidable embate; sin embargo, estaba dispuesto a intentar algo ya que él era el único que podía hacerlo. En cuanto ir a relatar algo de aquello a las Autoridades…, los orgullosos «ALPHAS» le hubieran hecho encerrar en cualquier Frenocomio.

Miró a Martha, sintiendo toda la angustia de tener que abandonarla cuando se encontraban más cerca de la dicha que nunca. No obstante, al pensar en los millones de seres humanos que huían, como un torrente impetuoso, sin ninguna esperanza, un escalofrío de rabia le cruzó la espalda.

—Voy a salir, querida—dijo, no atreviéndose a decirle la verdad, ya que temía que ella desease acompañarle.

—¿Dónde quieres ir, Richard? —inquirió ella, besándole tiernamente.

—Voy a reclamar nuestra salida. Creo que nos han echado un poco en olvido.

—Regresa pronto.

El la abrazó, haciendo lo posible para no dar a aquella despedida el carácter de separación que tenía.

No le fué difícil llegar a su «núcleo-esfera». Antes se procuró un rifle, gran cantidad de municiones y un par de linternas potentes. Como la circulación aérea no estaba cortada hacia el Este, nadie le detuvo, ya que las rutas «Eurasiáticas» estaban libres y en plena intensidad.

Una vez se adentró en la antigua Polonia, desvió su camino hacia el Sudeste. Poco después, descendiendo de la altura en que su esfera bogaba, se acercó a la calcinada tierra de la Península de Anatolia, procurando orientarse lo mejor posible.

Como había guardado las coordenadas de su último viaje, le fué sumamente fácil dirigir el aparato hacia el mismo lugar en que había aterrizado la última vez.

Situó la «núcleo-esfera» en el mismo lugar que lo hizo antes, bastante a cubierto de la observación, ya que desconfiaba de que los «Hipogeos» se hubiesen extendido por aquellos parajes. Luego de cerrar cuidadosamente la nave, se alejó por el camino que tan bien conocía, en el que halló a Timothy, y que conducía a la salida por donde los tres habían logrado escapar.

Prefirió esperar a que se hiciese de noche para adentrarse en las

galerías del Laberinto. Una nerviosidad creciente se estaba apoderando de él, y hubo de fumar cigarrillo tras cigarrillo, oculto tras una de las rocas a la entrada de la galería.

Al ponerse en marcha, se tranquilizó un tanto. La misma emoción de encontrarse en plena acción hizo desaparecer su estado de nervios. Avanzó, procurando encender la linterna lo menos posible, tan sólo en los momentos en que temía equivocarse de camino. Cada vez que encendía, recordaba exactamente el lugar en que se encontraba y hasta fué capaz de determinar aquél en que se peleó con un Timothy demente…

Pensando en su colaborador, recordó que no conocía el emplazamiento exacto de la célebre «laguna azul». No había querido preguntar nada a su compañero por no despertar sus sospechas, ya que deseaba realizar solo lo que consideraba, lógicamente, como una locura. Tenía, sin embargo, cierta confianza en hallar el sitio del que había hablado Timothy, ya que éste, al huir de allí, había llegado al lugar en que Martha y él se encontraban.

Se detuvo, después de una interminable caminata, para descansar un poco y tomar algunos alimentos. Esta vez se había cargado de suficiente cantidad de todo lo necesario y, por ese lado, no albergaba temor alguno.

Prosiguió su marcha, más animado que nunca. Aquellas galerías no parecían tomar fin, y, después de andar una larga distancia, hubo, forzosamente, de reposar de nuevo.

¿Qué distancia habría recorrido Timothy al huir de la «laguna azul»?

Era muy difícil determinarla. Un hombre, presa de terror y en un estado mental deficiente, era capaz de correr durante un tiempo que, para un ser normal, constituiría un imposible. Tal razonamiento le hizo no perder las esperanzas y proseguir su camino con entusiasmo.

Algo raro le hizo detenerse.

Fué como una extraña premonición. Un aviso de un sexto sentido que le previniese de un peligro cierto. Reculando, en el mayor silencio, consiguió apoyar la espalda en el duro muro de la galería. Así se sentía más seguro ante cualquier posible ataque.

Oyó claramente el batir agitado de las antenas de los «Hipogeos» y se estremeció al comprobar que provenían de todos lados.

¿ESTARÍA RODEADO?

Tal pensamiento, muy a pesar suyo, le hizo sentir una angustia terrible. No era que temiese por su vida. Ya, al salir de Berlín, había razonado en las pocas posibilidades que tendría de escapar indemne de aquella fantástica aventura. Pero, su misión, la que se había impuesto, no permitía fracaso alguno. ¡Debía salvar a la Civilización! ¡Estaba obligado a borrar de la faz de la Tierra el espeluznante peligro de los «Hipogeos»!

Las antenas sonaban tan intensamente que Richard hubo de deducir que sus enemigos estaban ya junto a él. ¡Tenía que decidirse! Y la única manera de hacerlo, era saber la posición exacta de los «Hipogeos» para poder abrir fuego contra ellos, en aquella oscuridad espantosa, donde aquellos monstruos estaban en franca ventaja sobre él.

Empuñando el «rifle-reactor» con la mano derecha, con el cañón extendido hacia delante, cogió la linterna y, después de desearse suerte, apretó el botón y una intensa luz iluminó, como en pleno día, la galería.

La intensa luminosidad duró apenas una corta fracción de segundo. El tiempo justo para que Richard entreviese las tres altas figuras de los «Hipogeos» que se lanzaban furiosamente sobre él.

El choque fué formidable.

Impelido por el empuje de aquellos viscosos brazos, el rifle se escapó inmediatamente de sus manos y, al mismo tiempo y por igual motivo, la linterna cayó de su mano, haciéndose pedazos contra el suelo.

Richard se contrajo para resistir la embestida de sus enemigos. Al ser aprisionado por aquellos miembros fríos como la losa de una tumba, el joven no pudo evitar un estremecimiento involuntario.

¡Era el final! La muerte que llegaba en un absurdo momento, sin permitirle, al menos, llevar a Cabo su empresa. El telón de aquel terrible drama iba a caer en el instante más inesperado, cuando millones de seres, sin saberlo, estaban pendientes de sus actos…

Fué aquel pensamiento, al recordar las interminables caravanas de viejos, mujeres y niños, que había visto en la pantalla de la televisión, el que le hizo sacar fuerzas de su aplastado cuerpo y hasta no sentir los espantosos golpes que los «Hipogeos» le estaban propinando.

Se defendió bravamente hasta sentir que las fuerzas le faltaban y que una especie de nube, luminosa a pesar de la oscuridad, temblaba ante sus ojos como si un millar de estrellas se hubiesen reunido en una maravillosa constelación.

Poco a poco, se sintió caer. En el fondo de aquel abismo en el que iba deslizándose, había algo de dulzura; una sensación de rara euforia como si el cuerpo, que estaba siendo duramente maltratado, desease un definitivo reposo…

—¡MARTHA!

El grito terrible, reproducido por los mil ecos del laberinto y salido de su propia garganta, le estremeció a él mismo.

—¡MARTHA!

Ella estaba esperándole, con el espíritu a su lado, rezando por él, por su triunfo, por la victoria de una Humanidad que había confiado mucho en la ciencia de sus «ALPHAS» y muy poco en la fe de los hombres, en su amor, en su devoción…

¡Tenía que vencer a aquellos asquerosos monstruos! ¡Vencerlos como si fuesen Ángeles de la Oscuridad, sirvientes fieles al Maligno!

Hizo un poderoso esfuerzo y antes de obrar, en un sentimiento íntimo de desesperación, entreabrió los ensangrentados labios:

—¡Señor, ayúdame, por favor!

La luz se hizo en su mente, que empezaba a hundirse en un abotargamiento que precedía a la nada…; casi enseguida, recordó la escena del examen que, en compañía de Timothy, hizo de las membranas que envolvían las cabezas de aquellos seres. Todo se pintó claramente en su cerebro y los músculos, venciendo al cansancio horrible que les oprimía, respondieron al deseo del alma.

Su mano derecha encontró muy pronto lo que buscaba: un largo cuchillo que llevaba en el cinturón. Instantes después, el brazo armado se levantó rasgando todo lo que estaba a su alcance.

Manejó el arma procurando hacerlo a la altura del rostro de sus enemigos. El desagradable sonido que hacían las membranas al desgarrarse le produjo náuseas. Pero, pocos instantes más tarde, los tres «Hipogeos» cayeron a sus pies, retorciéndose en los estertores de la agonía.

La fe había proporcionado a Richard una energía de titán. De ninguna manera deseaba perder un solo segundo. Rápidamente, se proveyó de la segunda linterna que colgaba del cinturón y, gracias a ella, encontró enseguida el rifle.

Sin apagar, lanzóse a una carrera alocada hacia el interior, deteniéndose solamente cada vez que descubría algún orificio en el

muro. Poseía la certeza de que ya no se hallaba muy lejos del lugar que buscaba.

En efecto…

La luz azulada provenía de su izquierda y al percibirla, Richard apagó la de su linterna. Luego, avanzando con toda clase de precauciones, trepó por el mismo lugar por el que lo había hecho Timothy.

Una tremenda actividad se desarrollaba en la «laguna azul». El número de obreros, según lo que había oído a su amigo, había aumentado enormemente, Aquello demostraba que las conquistas de los «Hipogeos» requería una mayor producción de aquella sustancia asesina.

El plan de Richard era el de provocar una explosión, con los cohetes de su rifle, en aquellas aguas que encerraba la espantosa nube azul. Estaba seguro que, como en el caso de las bombas lanzadas por las esferas, el líquido de la laguna explotaría por entero…

Pensó tristemente que sólo tenía una salida de la que dependía toda la poca suerte que podía gozar de escapar con vida. Retrocediendo, colocó una carga en un saliente junto al techo de la galería. La mecha tendría una duración de cinco minutos.

Luego, regresando al observatorio, echó una última ojeada a aquel grupo de extraños monstruos que estaban fabricando el fin de la Humanidad. Con todo el resto de cohetes que le quedaban, unos doscientos, formó una carga que, apoyada en el muro, apuntaba al centro de la laguna. Dispuso luego una mecha de quince minutos de duración. A pesar de que los «Hipogeos» oyesen la explosión de la galería, cosa poco probable, debido al escándalo que reinaba allí dentro. A pesar de todo, jamás descubrirían la segunda carga y… eso era lo importante.

Después de encender la mecha, consultó su cronógrafo. Faltaban dos minutos para que la explosión de la galería se produjese. En realidad, se estaba jugando la vida a cara y cruz. Si la galería, al explotar, no dejaba un orificio de salida al exterior… moriría allí, en el Laberinto. Pero su misión se habría cumplido.

La explosión de la galería le hizo estremecerse. Antes que los ecos se apagasen, corrió locamente hacia allí. El polvo le cegaba; pero él, con la linterna vanamente encendida, empezó a gatear sobre las montañas de tierra que se había desprendido.

—¡Dios mío! —murmuró.

Una fresca corriente de aire le hizo gritar de alegría. Acelerando su marcha, encontróse, poco después en la superficie, aun rodeado por el polvo provocado por la explosión. Salió velozmente de aquella irrespirable atmósfera, preguntándose si le daría tiempo para alejarse.

Fué entonces cuando descubrió su esfera.

Estuvo a punto de llorar de gozo. Sin perder velocidad, llegó junto a

su aparato y abriendo la portezuela, se precipitó como una exhalación a la cabina de mandos.

Antes de poner en marcha el aparato, consultó su cronógrafo.

¡FALTABA UN MINUTO!

Dió la marcha y la «núcleo-esfera», con un potente rugido, ascendió verticalmente a una velocidad vertiginosa.

Una explosión horrenda, como si la Tierra entera acabase de abrirse en dos mitades, le lanzó al suelo de su cabina. Al mismo tiempo, los aparatos registradores se rompieron, dejando las cifras al aire y sus agujas retorcidas.

La nave aérea se balanceó como si marchase sobre las revueltas aguas de un océano furioso. Richard, con un sentimiento de angustia indecible, logró ponerse en pie. Aproximándose a una de las ventanillas, miró hacia abajo.

Una larga columna de humo azul brotaba del Planeta y parecía perseguir a la esfera. Aquella gigantesca nube azulada tenía la forma de un huso que apuntase a los cielos como si quisiera demostrar que su azul era más bello.

Richard cambió el rumbo de su «núcleo-esfera», sin dejar de contemplar el largo penacho azulado. Por unos instantes, se imaginó la tragedia y la muerte bajo aquel falso cielo. Luego, mientras daba gracias a Dios, aceleró la marcha de su aparato, pensando en el regreso de las gentes hacia sus hogares abandonados.

Luego pensó en Martha, en el futuro que les esperaba a los dos, en la esperanza de que los Hombres pensasen menos en la Ciencia y un poco en ellos mismos; en Timothy.

Por última vez volvió los ojos hacia la nube azulada, que seguía ascendiendo lentamente.

¡Los «Hipogeos» habían desaparecido!..

F I N

ROBOT

PRÓXIMO NÚMERO

¡INCREIBLE!...

¡UNOS SERES PROCEDENTES DE UN SISTEMA SOLAR DESAPARECIDO!

¡LOS ELECTRÓFAGOS!

LA TIERRA QUEDÓ SIN ELECTRICIDAD; APAGADA; CON TODAS LAS MÁQUINAS DETENIDAS POR LOS IMPLACABLES ENEMIGOS

¡UNA NOVELA QUE LE CAUSARA UNA IMPRESION IMBORRABLE!...

PRECIO: 8 PESETAS

EDITORIAL MANDO

AV. REINA VICTORIA, 23 - MADRID

EDITORIAL MANDO MADRID

NOTAS

1 Véase el número 2 de la Colección ROBOT, titulado *La invasión de los electrófagos*.

2 Últimas palabras que pronunció Goethe en su lecho de muerte.

3 «Omega» era la determinación del sexo femenino.

4 Arma capaz de disparar 250 proyectiles por segundo.

5 Fenómeno luminoso que se produce con los ojos cerrados.

6 «Sociedad General de Suministros Ganaderos.»

7 Autoridad Occidental Americana.

8 Autoridad Occidental Europea